

Guillermo Chifflet

DE LA DISCUSIÓN NACE LA LUZ

Emilio Frugoni, desafío y referencia



 Letraeña
EDICIONES

Guillermo Chifflet

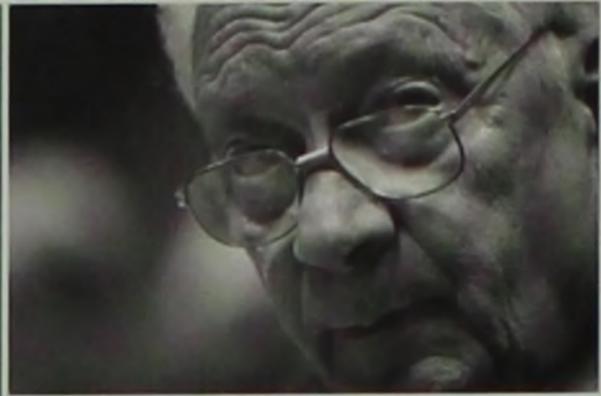


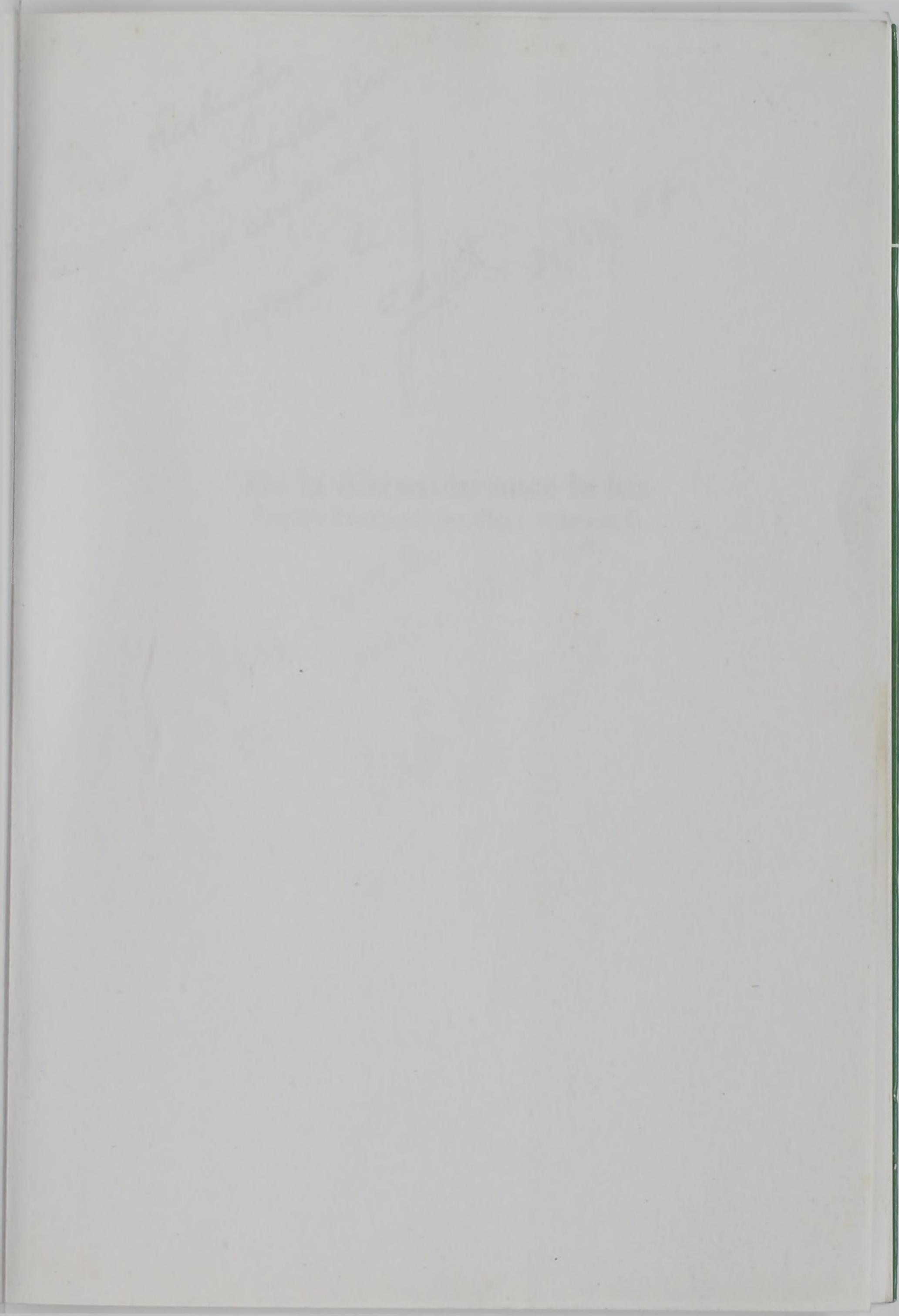
Foto: Alejandro Arigón

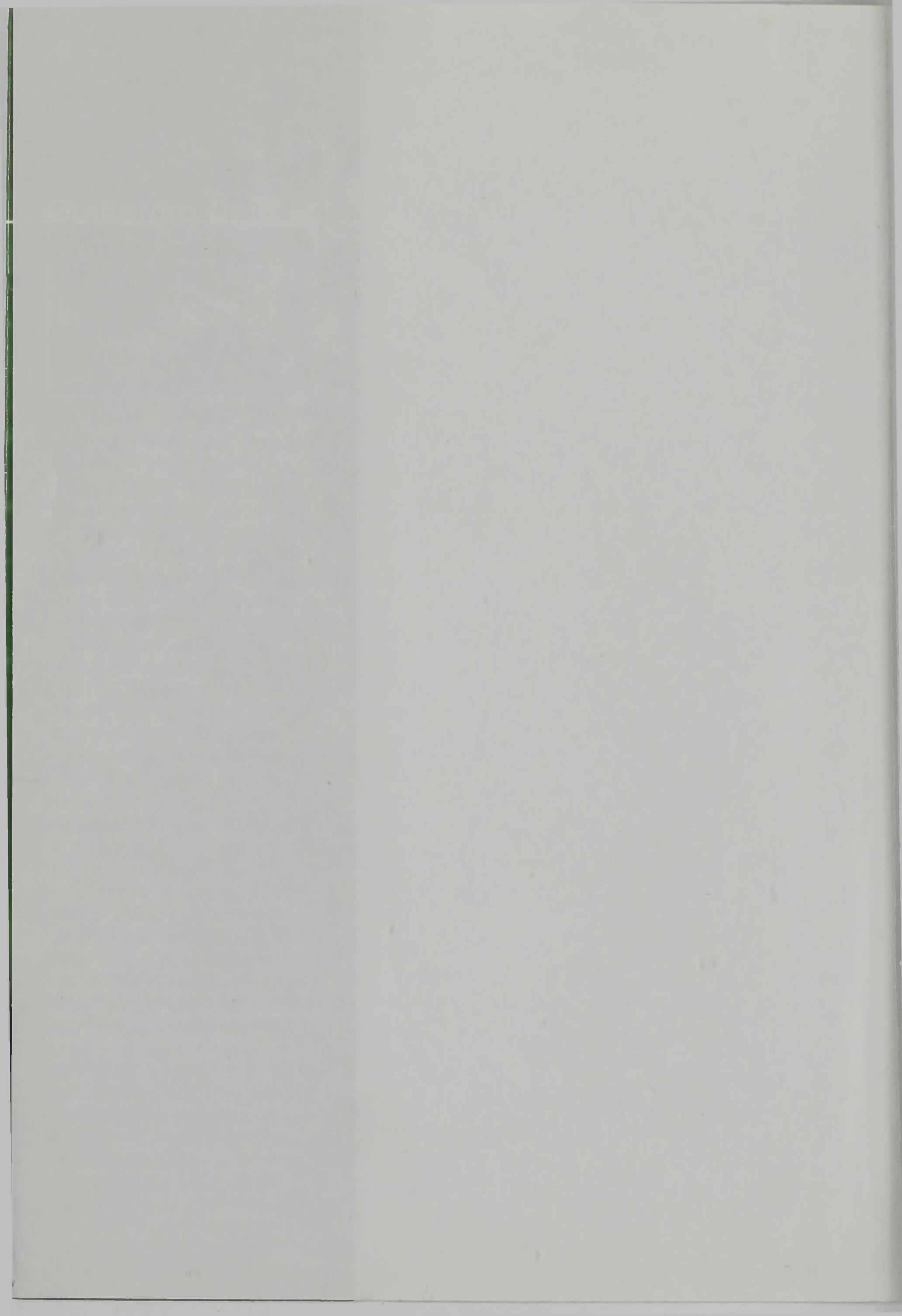
Guillermo Chifflet es periodista desde su adolescencia. Se inició escribiendo para el semanario *El Sol*, del Partido Socialista, y luego de su clausura colaboró en *El Oriental* y en *Izquierda*.

En 1962, de regreso de una beca en Yugoslavia donde estudió periodismo, se integra al diario *Época*. Posteriormente se desempeña como jefe de redacción del semanario *Marcha*. Después de su clausura escribe para *Hechos*, dirigido por Zelmar Michelini. Durante la dictadura se convierte en redactor publicitario de varias agencias, hasta que coparticipa en la creación del semanario *Brecha*.

Durante algo más de tres períodos fue legislador, como representante del Partido Socialista, hasta que renunció a su banca en diciembre de 2005. Ha publicado *El crimen del señor Bush* (sobre la invasión estadounidense a Panamá) y *Alba Roballo, pregón de un tiempo nuevo*.

Tiene en preparación el texto de un libro de otro de sus referentes, José Pedro Cardoso. En la actualidad colabora periodísticamente con la Unión Internacional de los Trabajadores de la Alimentación (UITA).





John Washington
Carrasco, que impulsa por
mejores ideas con su arte
y el agrado de

~~Wash~~

21/12/27

De la discusión nace la luz

Emilio Frugoni, desafío y referencia

PARA OSVALDO
DE UN AMIGO A OTRO

Wash

Handwritten notes at the top of the page, including the name "García" and some illegible scribbles.

De la discusión nace la luz
Emilio Frgoni, desato y telerencia

Handwritten notes in the middle section, including the name "García" and some illegible scribbles.

Guillermo Chifflet

De la discusión nace la luz

Emilio Frugoni, desafío y referencia

Primera edición: Letraeñe Ediciones – 2007

Diseño de portada e interior: Tania Casares

Foto fondo de portada: Alejandro Arigón

Corrección: Edda Fabbri

© Letraeñe Ediciones

Guayabo 1907 – 11200 Montevideo – Uruguay

Tel. (+598 2) 402 4605 – letraenie@adinet.com.uy

Todos los derechos reservados

Hecho el depósito que marca la ley

Impreso en Uruguay

ISBN: 9974-8056-2-0

Prólogo

“Con los grandes luchadores populares ocurre que en vida se los combate con furia y con las campañas más desenfrenadas. Pero después de su muerte se intenta convertirlos en iconos inofensivos; se busca algo así como canonizarlos, rodearlos de una cierta aureola de gloria para mellar el filo de sus ideas revolucionarias, envileciéndolas. Con Emilio Frugoni sucedió algo así.”

Guillermo Chifflet

Con los grandes hechos populares como que
en vida se los combate con fuerza y con las campañas
de desinfección. Pero después de su muerte se intentan
ocurrir los en casos infecciosos se hacen algo así como
elementos, todos los de una cierta especie de flora
para evitar el tipo de sus ideas revolucionarias, entre
otras cosas. Con mucho trabajo se dio algo así.

Gobierno Civil

1901 - 1902 - 1903 - 1904 - 1905

Estado de guerra y guerra Civil
Estado de guerra y guerra Civil
Estado de guerra y guerra Civil

© 1901 - 1902 - 1903 - 1904 - 1905
Estado de guerra y guerra Civil
Estado de guerra y guerra Civil

Prólogo

Cuando los editores me propusieron prologar este nuevo libro de Guillermo Chiflet no vacilé en darles una inmediata respuesta afirmativa a pesar del poco tiempo de que disponía.

Si prologar supone comentar brevemente un libro y, en ocasiones, hacer referencias al autor, nada me es más grato que cumplimentarlo, aun sumando al poco tiempo mis propias limitaciones personales.

Sin duda, rescatar la trayectoria y el pensamiento socialista de Frugoni –maestro común “en la acepción más alta de la palabra compañero”, al decir del autor–, superar el olvido, es de extraordinaria justicia y de enorme actualidad, ante tantas dejaciones ideológicas y dobles discursos.

Y pocos, como Chiflet, conocieron tanto a “la figura más importante en el proceso fundacional del socialismo uruguayo” y abrevaron más de su extraordinaria obra de

intelectual, luchador social y político al servicio de la clase trabajadora y el país.

Hace bien el autor al hablar del proceso fundacional del Partido Socialista uruguayo, pues el mismo tiene un largo recorrido en Uruguay, por lo menos con un antecedente no-vecentista de un socialista utópico-rescatado por el inolvidable Arturo Ardao, otro gran maestro, y varios precursores finiseculares como el poeta social Armando Vasseur y el español Adolfo Vázquez Gómez.

En este breve libro Chifflet, sin pretender agotar su propia aportación ulterior, “si el tiempo lo permite”, logra reunir con claridad y llaneza aspectos sustanciales de la vida y la obra de Frugoni.

El lector podrá apreciar, al comienzo, aspectos de la biografía y la poesía de Frugoni, a partir de trabajos del profesor Roberto Ibañez, el centenario de cuyo natalicio acaba de celebrar la Academia Nacional de Letras, con una memorable exposición del profesor Ricardo Pallares en el salón principal de la Fundación Vivian Trías.

Luego Chifflet recoge las claras y tajantes respuestas de Frugoni en torno al internacionalismo y el socialismo, rechazando la fácil crítica, tan derechista como falsa, de ser éste una “fuerza foránea”; el temprano reconocimiento, de Juan Andrés Ramírez, sobre la excepcional labor legislativa de Frugoni, primer diputado de izquierda en Uruguay y segundo en América Latina, al considerarlo como la “gran minoría parlamentaria”; la larga y tenaz batalla en la Cámara de Diputados por la ley de ocho horas, enorme conquista de los trabajadores uruguayos, y otras reivindicaciones laborales y de seguridad social, “nuevo derecho”, –al decir de Alfredo Palacio–, del que ambos fueron los primeros catedráticos universitarios rioplatenses.

Más adelante el autor sintetiza, en trazos amenos y sencillos, libros y ensayos del “porfiado guerrillero de la política”, como alguna vez Frugoni se autodefinió con modestia y verdad.

Así podemos leer precisas referencias a los ensayos *Las tres dimensiones de la democracia*, *Qué es el socialismo* (breviario de su monumental *Génesis, esencia y fundamento del socialismo*), *Los nuevos fundamentos* y otros.

En el desarrollo de estos aportes de Frugoni y en el relato de su acción política y parlamentaria, el lector podrá encontrar, con enorme provecho, definiciones sobre la lucha de clases, realidad insoslayable y “fecundo método de acción”; la concepción y la propuesta antiburocrática en el debate sobre empresas estatales, reclamando la representación obrera en sus directorios, asignatura tan pendiente como la extensión de la autonomía y el cogobierno más allá de nuestra Universidad de la República.

También se podrá apreciar la conducta y la acción pública de Frugoni frente a la dictadura de Terra (1933), a la que enfrentó con entereza siendo decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, en el país y en el exilio, en notable sintonía con las apreciaciones críticas de otro gran maestro; Carlos Quijano, cuya certera visión el autor recoge con detalles olvidados. Igualmente se podrá conocer la notable coincidencia de ambos, sobre el también pendiente tema militar, abogando, en 1920 y 1930, respectivamente, por la gradual eliminación de las Fuerzas Armadas. Sostuvo además Frugoni, como subraya Chifflet, en aquel lejano tiempo el carácter inconstitucional de la justicia militar que, como antes se ha dicho, “es a la justicia, lo que la música militar es a la música”.

El autor repasa las circunstancias de un hecho olvidado:

la tentativa de asesinato del dictador Terra y lo que dijeron los diputados socialistas y comunistas ante la avalancha condenatoria del oficialismo prodictatorial. Condenaron también el hecho, pero Frugoni dijo cosas realmente memorables, que no debemos olvidar, entre ellas, sobre “el derecho a la revolución”.

Respecto al debate en la Constituyente (1916-17), refundadora de la República y su Estado de derecho moderno, parcialmente recogido por Frugoni en *Los nuevos fundamentos*, Chifflet detalla varias posturas de los dos constituyentes elegidos por el entonces único Partido Socialista, que presentaron, incluso, un texto completo de nueva Constitución de la República, primer y olvidado proyecto constitucional de izquierda en nuestro país. Y se detiene en la defensa del voto secreto, desde la perspectiva de la clase trabajadora, en aquel Uruguay de prepotente omnipresencia electoral de estancieros-caudillos y empresarios. No olvida otras posiciones socialistas sobre autonomía municipal y el desarrollo de los poderes locales, la representación proporcional, la separación de la Iglesia del Estado y los derechos políticos de la mujer, que recién se consagraron muchos años después.

No olvida Chifflet tampoco la breve incursión de Frugoni como “aprendiz de diplomático”, tal como se autocalificó al ser designado embajador ante la URSS, en plena Segunda Guerra Mundial, de la que el maestro dejara dos libros que conservan su gran valía: *Viaje de Montevideo a Moscú* (disfrutable crónica de un viaje azaroso) y *La esfinge roja*, notable visión objetiva de la URSS con Stalin a la cabeza.

Hacia el final el autor, de la mano de Ardao, se refiere a la concepción de Frugoni sobre “arte americano”, desarrollada en su obra *La sensibilidad americana*, libro de cabecera del genial marxista peruano José Carlos Mariátegui,

al morir, muy joven aún, en 1930. Con Ibáñez, vuelve a la notable poesía de Frugoni, recogida en varios poemarios, el primero prologado nada menos que por José Enrique Rodó. Y de la mano de su propia memoria Chifflet relata, con gracia y verdad, algunas anécdotas de Frugoni, mezcla de su “estilo relampagueante”, de rápidas y certeras respuestas a sus interlocutores, y su fino humor, muchas veces mordaz, hacia adversarios y compañeros.

Si quisiéramos encontrar un hilo conductor de este libro, que vuelve al presente la obra de Emilio Frugoni y la echa a andar, una idea central de su autor, para pensar en el futuro, y que quizás acierta al mismo tiempo en la esencia misma de la personalidad del maestro, lo encontraríamos en estas dos facetas estelares, que el texto subraya más de una vez: la inconmovible firmeza en los principios del socialismo y la incorruptible coherencia de su conducta, como valor revolucionario.

Pero creo percibir, en las últimas palabras de Chifflet, otra idea central que comparto desde hace tiempo: la necesidad de ir conformando en la herramienta unitaria de nuestro Frente Amplio, una sola y sólida corriente socialista para, luego de profundizar la democracia, tarea en desarrollo, “cambiar el sistema y abrir los caminos de libertad que plantea el socialismo”, magna tarea irrenunciable de los trabajadores y de quienes hemos hecho la opción sustancial, de vida, por los “pobres del mundo”.

Montevideo, 12 de noviembre de 2007

José E. Díaz

Son múltiples las imágenes de Emilio Frugoni que me han dejado los años de tareas en común para el semanario *El Sol*, los actos por los barrios montevideanos o en el interior, las conversaciones en Casa del Pueblo o en otros centros, las deliberaciones en el Comité Ejecutivo y en congresos del partido. Las primeras, anteriores incluso a mi afiliación al socialismo.

Cuando Emilio Frugoni cumplía setenta años –“recorro por cuarta vez mis veinte años”, me dijo entonces– se le hizo un homenaje. La multitud desbordaba, sobre la calle Agra-ciada, la sala del viejo cine Astor. Empecé el acto pidiendo disculpas ya que –siendo joven– comenzaba mis palabras con un recuerdo. Es el mismo que me viene ahora, más de medio siglo después, a los ojos y al corazón: en un atardecer en la Villa del Cerro, don Emilio hablaba desde una modesta tribuna ante un grupo de obreros. Frugoni –luz en las sombras que caían– elevaba su voz clara contra la dictadura,

convocaba a la conciencia de los trabajadores, enseñando su evangelio de libertad. Yo había aprendido ya algo de política porque mi padre, blanco desde los años de Saravia, había sido detenido por la Policía de Gabriel Terra y nuestra casa había sido allanada por un grupo de soldados y policías con el comisario Casas al frente.

Hoy comprobamos que de horas de siembra como éstas, del aporte sacrificado de muchos trabajadores, y de representantes como Emilio Frugoni, Celestino Mibelli, José Pedro Cardoso, Arturo Dubra, Manuel Seoane, Líber Troitiño, Roberto Ibáñez, Mario Cassinoni, Germán D'Elía y Vivian Trías, por citar algunos, nacieron armas cuya pureza es deber de todos los militantes defender: las corrientes del pensamiento socialista en Uruguay. Todos debemos hacer lo necesario en esa línea para ir anticipando, en cada uno, algo del hombre nuevo de la civilización que se anuncia en nuestros ideales.

En los tiempos difíciles que le tocó vivir, más allá de discrepancias e incluso alejamientos que siempre buscó superar, Frugoni demostró que para sobrevivir como socialista hay que intentar hacer de la trayectoria vital de cada uno —sin soberbia ni vanidades— la más convincente de las prédicas: la que nace de la conducta.

En la constancia de su acción, en su prédica sin desfallecimientos, en su desprendimiento ante los posibles halagos del poder, en su compromiso de clase es posible aprender la belleza de las ideas generosas sobre las que hay que ir construyendo el mundo que vendrá.

La vastísima obra de don Emilio reclama un extenso análisis. Pero urgidos hasta por nuestro tiempo vital, hemos sentido la necesidad de transmitir algunos pasajes de su vida y de su pensamiento como aporte que incite a las nuevas ge-

neraciones a la lucha por el socialismo. Para renovar el compromiso con una lucha que unos cuantos socialdemócratas y ciertos autoproclamados renovadores de la izquierda han dejado de lado.

El neoliberalismo, que no es más que el liberalismo económico de siempre, es decir, la corriente de pensamiento de los grandes empresarios, ha concentrado la riqueza y multiplicado la pobreza. La prensa que defiende al régimen capitalista suele estar de espaldas a una realidad que ni los organismos internacionales pueden ignorar. El último informe de Naciones Unidas sobre desarrollo humano muestra las tragedias que últimamente han castigado a la humanidad. El *tsunami*, por ejemplo, que azotó al océano Índico, fue una tragedia altamente difundida, aunque impredecible y en gran medida inevitable. Segó casi 300 mil vidas y dejó millones de personas sin hogar. Como es lógico, ese hecho ocupó la primera plana de todos los medios de comunicación del mundo. En cambio, cada hora que pasa mueren más de 1.200 niños sin acaparar la atención de los medios, a pesar de que esa cifra equivale a tres *tsunamis* por mes. Las causas de esas muertes varían, aunque la mayoría corresponde a una patología que se puede prevenir: la pobreza.

No hay peor esclavitud que la miseria, enseñó Frugoni. Cada poco tiempo hablan hasta los gobernantes capitalistas de liberar a los seres humanos de las condiciones deshumanizadoras de la pobreza. Pero sólo algunos sectores de izquierda se proponen cambiar el régimen de explotación, camino en el cual Emilio Frugoni fue pionero.

En las páginas que siguen intento concentrar –ateniéndome lo más fielmente posible a las ideas y aun a las palabras del propio Frugoni– líneas esenciales de su pensamiento.

Ideas que han sido y son, aún hoy, desafío y propuesta alternativa al sistema capitalista.

Reitero algunas, como buena nueva y simiente del futuro.



Emilio Frugoni, la figura más importante en el proceso fundacional del socialismo en Uruguay, nació el 30 de marzo de 1880. Estamos a 127 años del nacimiento del maestro (en la acepción más alta de la palabra compañero) y a poco más de un siglo del compromiso permanente con el evangelio por la liberación de los trabajadores, que difundiera desde su profesión de fe en el teatro Stella d'Italia. De allí en adelante mantuvo, dentro y fuera de fronteras, una larga lucha conformada por su prédica, su ejemplo de conducta, sus creaciones (libros, proyectos, poesía, conferencias), su enseñanza constante, sin desfallecimientos.

Roberto Ibáñez, también poeta, socialista y compañero excepcional, en el prólogo a uno de los numerosos libros de don Emilio, *Poemas civiles*, afirma que Frugoni convirtió al socialismo de nuestro medio en una fuerza viva, adaptándolo a las condiciones de la realidad vernácula, identificándolo con el alma de su pueblo, con sus necesidades inmediatas y sus sentimientos profundos.

Importa especialmente destacar esta observación de Ibáñez.

El tiempo —que pone de relieve las virtudes de las personalidades más importantes— ha confirmado que las líneas del socialismo, para cuya divulgación entre nosotros fue esencial el aporte de Frugoni, se ajustaron a las características del país y de la región.

Frugoni mismo anunció: “Si hay un partido en el mundo que se esfuerza en adaptar los principios básicos del socialismo a las necesidades nacionales, ese es el nuestro, en cuyo programa yo podría señalar muchas cosas en las que en realidad innovamos, sin ponernos por eso en pugna con los principios del socialismo internacional sino tratando de interpretarlos y adaptarlos a las exigencias de nuestra realidad.

Mal puede decirse pues que este Partido Socialista, que se ha dado un programa de acción política, económica y social perfectamente adaptado a las características de nuestro medio es un partido dogmático que permanece con la vista fija en enseñanzas que nos vienen de afuera sin ser capaz de adaptarlas a nuestras propias necesidades”.

Ni los adversarios más enconados se atreven hoy a reiterar las acusaciones de foráneo o antipatriota que don Emilio diluyó con inteligencia y energía. En las últimas décadas intentaron reiterarlas los militares que tanto daño le hicieron a Uruguay, con el apoyo de algunos de sus conmlitones más ignorantes.

El 18 de julio de 1930, al celebrarse el centenario de la independencia, respondió en el Parlamento a ese calificativo de antipatriota planteado con intención de agravio.

“Señor presidente —expresó—, los socialistas no somos patrioterros, pero tampoco somos antipatriotas. No concebimos el antipatriotismo como una posición doctrinaria, sino como una negación estéril y absurda. Así como al patriota romántico el amor a su patria no le impide amar a su ciudad o a su terruño, así también el amor a todas las naciones de la tierra no ha de impedirnos amar profundamente a nuestra propia nación. La patria, como abstracción, no puede estar por encima de la razón y la justicia. Queremos una patria consustanciada con el pueblo obrero, que

es una realidad internacional dentro de la nación. Nos sentimos ciudadanos del mundo; proclamamos que el mundo todo es nuestra patria y declaramos estar más cerca, mucho más cerca de los hombres de países remotos y desconocidos cuando son explotados, que de los hombres de nuestro propio país cuando son explotadores”.

Roberto Ibáñez (el primero que esbozó la biografía de Frugoni y uno de quienes lo acompañaron más lúcidamente en la prédica de esos conceptos), enfrentando a quienes creen tener el monopolio de la patria porque detentan porciones importantes de ella en forma de riqueza acumulada, en 1946, en un congreso en el cual el socialismo lanzó el Plan por un Nuevo Uruguay, respondió diversas objeciones; entre ellas esa de internacionalistas sin patria: “cargo falso, Jean Jaurès decía ya: la patria es necesaria al socialismo. Y el socialismo dará sentido a la patria. Saint Just, el famoso revolucionario francés afirmaba: los desgraciados no tienen patria. Sí, no tienen patria los que sufren, los que no conocen, no ya la hartura, ni siquiera la elemental satisfacción cotidiana. El socialismo afirma las patrias, cree en la necesidad de que cada pueblo conserve su carácter, su originalidad, para llegar a una libre federación de naciones. Pero ¿cuál es el patriotismo socialista? No es, por cierto, un patriotismo de superficie, sentido obligatoriamente en fechas fijas, restringido a una casta que se cree, ella sola, toda la nación. Para el socialismo la patria está formada por la totalidad de los hombres que en ella viven. Y no se puede amarla excluyendo a los más o tolerando la injusticia, el menoscabo de la condición humana, porque el amor no admite mutilaciones. De allí que el socialismo, sin mengua de su sentido internacional, integre y ennoblezca como nadie el concepto de patria, identificándolo con el de justicia y libertad. Llama a su seno a los olvidados y los levanta en la patria socialista”.



No me propongo aquí analizar los trabajos del alba: la siembra que comienza con diversos pioneros, junto al nacimiento del movimiento obrero en el país.¹

Importa sí, por provenir de Frugoni y porque no se ha difundido suficientemente, una referencia al proceso fundacional del socialismo uruguayo. El 3 de junio de 1913, en un polémico pasaje parlamentario sobre el origen del proyecto de ley de ocho horas, Frugoni recordó que en 1904, “poco antes de los preparativos para la lucha comicial que había de realizarse con motivo de la renovación general del cuerpo legislativo, se inició en el país un movimiento político socialista tendiente a traer a la Cámara un representante de la clase trabajadora. Hacía ya mucho tiempo, señor presidente, que yo abrigaba ideales de esta naturaleza: que los defendía y que los predicaba entre la clase obrera del país. Pero cuando empecé a predicar y a propagar estas aspiraciones y estos ideales, los socialistas de la República no constituían ya un grupo orgánico y permanente, puesto que el antiguo Centro Obrero Socialista, que había actuado con bastante éxito bajo la presidencia de Cuestas, dando a conocer un programa de reformas y de aspiraciones concretas en bien del pueblo trabajador, hacía unos años que se había disuelto, aunque, eso sí, permanecían siendo fieles y consecuentes a sus ideales y a su programa los socialistas que lo habían compuesto. Su órgano era entonces un periódico gremial, *La Voz del Obrero*, editado por la Sociedad Cosmopolita

1. Está pendiente una hermosa tarea, complementaria de los trabajos y de la documentación manejada por Carlos Machado, Fernando López D'Alessandro, Gerardo Caetano, Arturo Ardao, Roberto Ibáñez, Líber Troitiño y Mario Cassinoni, entre otros.

de Albañiles, y era ese periódico el encargado de mantener latente, como una vibración obstinada, aunque débil aún, el espíritu del socialismo moderno en el Uruguay. Fue allá por el mes de noviembre u octubre de 1904 que yo traté de reunir todos esos elementos dispersos incitándolos a que se constituyeran nuevamente en agrupación y a que resucitaran el antiguo Centro Obrero Socialista de la capital. Conseguí, en efecto, decidirlos a renovar esa organización para que ella sirviera de plantel al nuevo partido político –el partido del proletariado– que se lanzara a la lucha comicial agitando una bandera propia y un programa inconfundible. Fue así, señor presidente, como volvió a constituirse en 1904 el Centro Socialista Obrero, del cual pasé a formar parte, y cómo ese centro se constituyó en el plantel de un nuevo y naciente partido político...”.

Explica, además, que tuvo el honor de ser designado candidato de esa naciente y todavía pequeña agrupación política, aunque él ni siquiera reunía los requisitos exigidos por la Constitución para ser legislador, lo que no fue óbice para la proclamación de su lista, porque se sabía de sobra que no podría obtenerse el triunfo de esa candidatura, “que sólo se lanzaba con el objetivo de levantar, en nuestro medio político, esa nueva bandera de agitación y de acción; de dar algo así como un toque de llamada a todos los socialistas y a todos los proletarios conscientes, para que supieran que en la capital se había erigido el luminoso estandarte del socialismo y se había constituido como agrupación que pretendía disputar sus posiciones a las viejas agrupaciones tradicionales”.

Después se pensó en una alianza electoral –explica Frugoni– “alianza que respondía a las imperfecciones de una ley que sólo reconocía la existencia de dos partidos, condenando a las nuevas agrupaciones a no actuar, o a unirse, a los efectos

de los comicios, por lo menos con uno de los viejos bandos”.

“Y fue en 1904 –agrega–, en noviembre o diciembre, cuando yo pronuncié en el Stella d’Italia una conferencia explicando la fórmula de esa combinación electoral –fórmula y combinación que yo mismo reconocía un poco más tarde en un periódico titulado *El Socialista* haber desechado para el futuro– y convocando a la clase trabajadora del país a tomar parte bajo la bandera del naciente Partido Socialista en las luchas democráticas de la República...”



Se ha observado –Lenin lo hace en las primeras páginas de *El Estado y la revolución*– que con los grandes luchadores populares ocurre que en vida se los combate con furia y con las campañas más desenfrenadas y que después de su muerte se intenta convertirlos en iconos inofensivos; se busca algo así como canonizarlos, rodearlos de una cierta aureola de gloria para mellar el filo de sus ideas revolucionarias, envileciéndolas.

Con Emilio Frugoni sucedió algo así. A ello se debe que sólo excepcionalmente se recuerde, cuando se cuenta su vida, que ya en los años de su juventud, por estar unido a las luchas obreras de principios de siglo debió pagar con cárcel esa militancia. En el tomo segundo de una selección de sus discursos parlamentarios editada por la Cámara de Representantes, aparece una fotografía de Emilio Frugoni y de Ángel Falco (junto a una tercera persona no identificada) tomada a la salida de la prisión, a fines de 1908, donde fue

recluido como consecuencia de su actividad en pro de reivindicaciones obreras.

Es importante reconocer, asimismo, que después de etapas de duros enfrentamientos, como los que deben librar quienes se oponen a los privilegios de clase, hubo reconocimientos sinceros, planteados por adversarios políticos.

Ya en octubre de 1930, por ejemplo, al discutirse en la Cámara el proyecto de salario mínimo, el diputado Lorenzo y Deal, del Partido Nacional, dijo que reconocía en Frugoni, entre otras cualidades, “la de haber sido algo así como el más ilustre fermentador de las leyes sociales de la República”. Y destacó: “su presencia en el Parlamento aun en aquella primera legislatura que integró, en la que un grupo de jóvenes nacionalistas asistíamos a la barra para apreciar todo lo que valía aquel hombre al que el doctor Juan Andrés Ramírez calificó alguna vez de gran minoría parlamentaria”.

Se analizaba, en esa sesión, la creación de comités para fijar el salario mínimo. Al aludir al reconocimiento de un adversario leal, Frugoni expresó: “agradezco los conceptos exageradamente elogiosos con que se me ha colmado. Ello me complace, sobre todo, porque viene a demostrar el camino realizado hasta en el espíritu de nuestros adversarios por ideas nuestras que, cuando fueron presentadas por primera vez en nuestro ambiente, levantaron gran resistencia en esas filas y fueron consideradas por muchos como profundamente subversivas. Algo ha andado el mundo, señor presidente, desde que podemos ahora contemplar estos caminos y ver cómo integrantes de partidos contra los cuales luchamos por considerarlos, entre otras cosas, obstinadamente conservadores, admiten ya como buenas, cosas o iniciativas ante las cuales se cerraban antes a la banda”.

Un peligroso agitador

Todavía diez o más años después de esos reconocimientos a Frugoni se lo controlaba como peligroso agitador. En 1996, en un ómnibus, un señor que se identificó como comisario jubilado, al reconocermé me planteó, con sincera espontaneidad, “algo que usted como diputado socialista tiene que saber: En el departamento en el cual ejercí durante varios años mis funciones, cuando Frugoni iba a hablar a la plaza pública, no sólo nos exigían multiplicar la vigilancia sino que nuestro acuartelamiento era obligatorio. Se imaginará la antipatía, hasta la rabia que despertaba en nosotros ese trabajo extra, aunque era destinado a cuidar al pueblo de aquel personaje que se nos presentaba como subversivo. Alerta, escuchándolo, yo comencé a conocer algunas cosas del país y hasta me enteré de sus razones en defensa de los trabajadores, que comparé, luego, con las cosas que hacían y defendían quienes nos daban las órdenes”.

El comisario explicó, además: “No crea que eso ocurría en años demasiado lejanos, porque en la década de los cuarenta todavía nos obligaban a esa vigilancia. Luego, para sorpresa de todos nosotros, los policías encargados del control cada vez que se anunciaba su presencia, nos enteramos de que se lo designaba, con diversos homenajes, embajador del Uruguay”.

Realmente me resultó aleccionador ese sincero testimonio de un comisario, aunque no fuera novedad para mí aquella vigilancia estricta. Desde su primera juventud Frugoni se vinculó al movimiento obrero, colaboró en sus luchas, particularmente en las huelgas. Y en una publicación del partido, “Emilio Frugoni, una vida al servicio del ideal”, editada con motivo de un homenaje en el que yo mismo hablé en nombre de la Juventud Socialista (por 1950) consta que en aquella primera acción reivindicatoria debió enfrentar la arbitrariedad: “constantemente vigilado y perseguido, más de una vez hubo de abandonar la tribuna o la asamblea obrera para marchar a la cárcel”.

Los aportes de Frugoni a la acción de los trabajadores y a la legislación laboral fueron fundamentales. Como señala Carlos Machado en su *Historia de los orientales*, los propios batllistas lo confesarán, con palabras del doctor Mateo Legnani en el diario *El Día*. Allí consta el siguiente testimonio revelador: “¿Que los proyectos de Frugoni son más completos y bonitos? ¿Que fueron presentados antes y no fueron apoyados? ¡Y bien! ¡Tenga paciencia! No convenía prestigiar a Frugoni. A favor del prestigio se pretenden luego cosas que no cuadran. Convenía, en vez, prestigiar al batllismo. La política es así. No se enoje. O enójese, pero será enojo inútil”. Frugoni, como señala Machado, responderá: “La ley de ocho horas estuvo estancada seis años en el senado batllista; la del trabajo de las mujeres y los niños lleva ya trece de estancamiento.

El salario mínimo también fue proyectado por el diputado socialista sobre la base de las comisiones de salario (...) ¿Qué hizo el batllismo con esa reforma? Dejarla dormir diez años en las carpetas parlamentarias”.

Poco a poco, sin embargo –a golpes encendían el yunque su inteligencia, sus condiciones de orador excepcional, su obra, incluso su labor literaria–, fueron abriendo cauce a la propuesta socialista de un mundo nuevo, sólo en apariencia tan lejano aún hoy, sin explotadores ni explotados. Precisamente cuando se lo homenajeó en el Paraninfo de la Universidad, en ocasión de su nombramiento como embajador de Uruguay en la Unión Soviética, los reconocimientos fueron importantes. En esa oportunidad un destacado adversario político, el doctor Eduardo Rodríguez Larreta, destacó que “las ideas de Frugoni han impreso un sello indeleble a la evolución del pensamiento nacional. Sus ideas han hecho camino, arrojando sus simientes en muchos de los hombres y en muchos de los partidos del país que a veces repetimos –tal vez sin saberlo– las ideas que hemos recogido de sus palabras o de sus libros”.



Los conceptos esenciales de la dilatada prédica de Frugoni, en efecto, marcan caminos para desafíos que enfrentan hoy, en nuestro país y en el mundo, los condenados de la tierra. Su análisis de la lucha de clases, su concepción del socialismo, son planteamientos que califican de extremistas, o radicales, aquellos que se niegan a observar las raíces de la explotación capitalista.

En nombre de la clase trabajadora

El 18 de febrero de 1911, en su primer discurso parlamentario, Frugoni explicó, sin ambages, que ocupaba su sitio en la Cámara “como representante de un partido que es órgano e intérprete de los intereses y aspiraciones de la clase trabajadora”.

Reafirma desde sus palabras iniciales su compromiso de clase y el mandato imperativo. Al ocupar esta banca “siento fijas sobre mí las miradas del proletariado consciente dispuesto a ejercer sobre los actos de quien ha venido a dar voz en el seno de este Parlamento a sus derechos y reivindicaciones, un estricto y severo control”.

Con voz clara y un cierto acento castizo que lo caracterizó durante toda su vida, plantea: “el socialismo allega al debate ardiente de la política nacional una palabra serena y franca, ruda a veces, con esa honrada y sana rudeza

de los puños que forjan el hierro y elaboran en la fecunda sombra de los sacrificios anónimos los materiales de que se alimenta el progreso social o amasan, heroicamente, el pan nuestro de cada día”.

La palabra de su organización política aportará –anuncia– “una conciencia de clase” y una “facultad de crítica que esgrime como un arma formidable contra las injusticias y los errores de la sociedad burguesa”.

Pasa a enjuiciar entonces, como “elemental exigencia” de su mandato, al jefe de Policía de la capital que ha ejercido “una especie de dictadura o hegemonía política” contra los trabajadores, “con la complacencia pasiva o la complicidad positiva del presidente de la República”.

Consciente de que su estilo –respetuoso pero directo, sin agravios pero leal a su clase– puede disonar en el recinto de la Cámara, expresa: “No ignoro, señor presidente, que acaso mis palabras suenen un poco rudamente en los oídos de los señores diputados; pero lejos de lamentarlo, me congratulo, porque yo no he venido aquí a hacer escuela de decir agradable, envolviendo en más o menos delicados eufemismos las asperezas del pensamiento, sino que he venido a decir la verdad desnuda con el acento sincero y algunas veces agresivo que ha dejado en mis labios la costumbre de hablar llanamente en las tumultuosas asambleas populares”.

Plantea entonces graves acusaciones contra el jefe de Policía ha desconocido a su antojo la Constitución y las leyes, hasta la opinión pública lo señala como interesado en el negocio de la ruleta (se han mantenido casas de juego durante meses con pleno conocimiento de la Policía), es un evidente enemigo de los trabajadores (cuando fue constructor, durante una huelga de los albañiles se hizo notar como elemento muy poco dispuesto a transigir con los derechos y

pretensiones legítimas de los operarios), actuó con evidente parcialidad en el conflicto ferroviario de 1908, violó descaradamente el derecho de reunión y asociación (los locales de los ferroviarios de Central, Bella Vista, Río Negro, Peñarol y otros, fueron clausurados “con el pretexto ridículo de que se hacía en ellos propaganda subversiva”), ha perseguido “a los trabajadores que más se hacían notar en las asambleas, atropelló brutalmente a los huelguistas en las calles de Peñarol, condujo presa a toda la comisión de huelga que se trasladaba pacíficamente desde Peñarol a la ciudad”.

Las acusaciones son múltiples. Por momentos, la contundencia del discurso de Frugoni tiene duros pasajes de ironía: denuncia, por ejemplo, que el jefe de Policía “redujo a prisión a un grupo de veinte trabajadores que se encontraban privadamente reunidos en una confitería de la calle Agra-ciada”. Y aludiendo tácitamente a los vínculos del jefe con el juego, comenta: “bien es verdad, que, en este caso, debo reconocer que mucha parte de la culpa la tuvieron los trabajadores, a quienes no se les ocurrió ponerse a jugar dinero mientras efectuaban la reunión, porque si hubiesen estado jugando sus ahorros, si hubiesen sido tahúres, la Policía no se habría atrevido a incomodarlos...”.

Denuncia que “la inefable policía del jefe político” (a quien el gobierno ha recompensado sus “brillantes servicios” ascendiéndole a general de brigada) no se detiene ante obstáculos legales; ha impedido o puesto dificultades a la celebración de asambleas gremiales, impidió el ingreso al país a un obrero (Carballo) que se había distinguido como organizador gremial y había tenido destacada actuación en una huelga portuaria.

Frugoni denuncia “ese acto arbitrario, inconstitucional, decidido por el jefe político y asentido por el presidente de la

República”, que “marcó el principio de una serie de abusos, de atropellos y persecuciones contra los elementos avanzados” que no se resignaban a sufrir en silencio las manifestaciones inequívocas, descaradas, de lo que califica de “una especie de tiranía policial”.

Documenta, además, la expulsión de trabajadores por la Policía en complicidad con la policía bonaerense, actuación que hace de aquélla “una especie de instrumento puesto al servicio de la policía argentina”. Numerosos emigrados de la República Argentina habían sido detenidos al desembarcar en Uruguay y remitidos nuevamente hacia Buenos Aires.

Plantea, en consecuencia, una interpelación al Ejecutivo.

No corresponde reproducir aquí los enérgicos debates de esa instancia. Importa, sí, destacar que Frugoni contesta la acusación de agitadores y hasta de vampiros que se aplica a dirigentes a quienes se imputa, además, vivir a expensas de los trabajadores.

En algún pasaje de aquel extenso debate plantea: “yo me pregunto si el diputado doctor Rodríguez ha hablado en serio cuando calificaba a esos agitadores, que no son profesionales de la huelga, que no son propagandistas de profesión, porque en el campo obrero no se puede vivir de esas cosas (...) ¡Qué errónea noción de las cosas tiene nuestro presidente de la Cámara y qué mal conoce a la clase obrera, cuando se imagina que los que se dedican a vivir de la propaganda en el campo proletario han hecho un brillante negocio! Créame el doctor Rodríguez: conviene mucho más dedicarse a buscar acomodo en el presupuesto que a vivir de la propaganda obrera...”.

En todos sus discursos Frugoni expone conceptos socialistas. En la primera interpelación, que citamos, aborda el derecho de huelga y expresa, con Jaurès, que “la huelga

es un medio de lucha necesario en una sociedad donde la ley consagra la violencia, pero es un medio de lucha bárbaro como lo es la misma sociedad”. Y con Jaurès agrega: “cuando la civilización socialista haya suprimido la lucha de clases, el antagonismo de los intereses, se recordarán las huelgas tal como hoy recordamos las costumbres salvajes de la sociedad primitiva”.

Frugoni señala, además, que “los capitalistas, los patronos, están poderosamente armados en la sociedad presente para sostener la lucha...”, en tanto “los asalariados cuando no podían disponer del arma de la guerra (la huelga) estaban completamente a merced de los patronos”.

El derecho de huelga tiene por base —sigue Frugoni— el derecho de reunión y de asociación. Y acusa al gobierno, al haber desconocido el derecho de reunión en la huelga ferroviaria, de optar por los patronos, contra los trabajadores.

Un pasaje, apenas, del debate, puede dar idea de su firmeza ideológica:

“—Acaso el señor diputado Rodríguez observa, para justificar la actitud del gobierno, que se trataba de una huelga injusta; pero los gobiernos no pueden explicar su intervención en los conflictos obreros con consideraciones de esa índole, porque lo que es injusto para los patronos, es justo para los trabajadores, y si el gobierno no ha de reconocer que el interés supremo, el más sagrado, es el de los trabajadores, el interés de aquellos que todo lo producen, permanezca, al menos, neutral; deje a ambas partes que se desenvuelvan libremente, y no ponga su espada de Breno en la balanza para decidir el triunfo a favor de los empresarios. Se podrá también, tal vez, formular otra objeción, y es la de que en este conflicto estaba en juego el orden público y el interés social; pero entonces, pregunto yo: ¿por qué en vez de hacer presión en contra de

los obreros, no se hizo en el sentido de que cedieran los empresarios? Porque las pretensiones de los obreros eran absurdas e injustas, dirá probablemente el doctor Rodríguez.

Rodríguez —Efectivamente.

Frugoni —Pero yo sostengo que eran justas, porque en estas cuestiones, lo que es injusto para el señor diputado, generalmente ha resultado justo para mí.”



A lo largo de toda su actuación Frugoni mantuvo esa posición como representante de los trabajadores. No se propuso ni planteó una actuación “por encima de las clases”.

Consecuente con los puntos de vista del socialismo, lucha por la liberación de los trabajadores, clase que, al suprimir las injustas relaciones de producción eliminará las condiciones para la existencia de los antagonismos de clase y de las clases en general.



Más de una vez hemos escuchado, con asombro, que hay quienes distinguen por un lado el planteo a realizar desde la oposición, y por otro lo que denominan “cultura de gobierno”. Esa distinción no suele ser más que la justificación de un doble discurso. Nadie ha negado a Frugoni su condición

de opositor. Sin embargo, llegó a informar proyectos del gobierno. Basta leer sus extensas polémicas como miembro informante del proyecto de ley de ocho horas.

Importa destacar esto, además, porque también se ha dicho —eludiendo la verdad— que a “la vieja izquierda” le bastaba con “planteos testimoniales”: algo así como dejar constancia de proyectos ideales, que no se preocupaba por concretar.

Frugoni jamás propuso desde la oposición algo que no hubiese estado dispuesto a sostener desde el gobierno. En síntesis: su honradez política no distinguía entre cultura de gobierno y de oposición.

Resultan ejemplares sus esfuerzos contra todas las demoras y subterfugios a los que recurrieron los adversarios de la reducción de la jornada laboral aún después de haberse incluido el proyecto en el orden del día de la Cámara.

El 20 de febrero de 1913 denunció una vez más esos intentos. En esa oportunidad destacó: “El Partido Socialista, al cual pertenezco, realizó el año pasado una fructífera e intensa propaganda en pro de la limitación legal del horario de trabajo, celebrando numerosos actos que fueron concurridísimos, en los cuales las asambleas de obreros que a ellos asistían dejaron constancia sobrada de su adhesión a este proyecto. Actos análogos se han celebrado no solamente en Montevideo, sino también en muchas localidades de la República, en Paysandú, Fray Bentos, Canelones, San José, Mercedes y otras localidades. Pero si esto no bastase como una prueba de que realmente los trabajadores de la República desean implantar la jornada de ocho horas de trabajo, podría recurrir todavía, señor presidente, al recuerdo de las numerosas huelgas que se han efectuado en el país desde que está a estudio de la Cámara este proyecto, y en las cuales se

ha reclamado, entre otras cosas, unas veces, y otras exclusivamente, la disminución de la jornada de trabajo.

Tengo aquí un apunte incompleto, porque lo he confeccionado con datos personales e informes periodísticos, que me permite sostener que han sido numerosos los gremios que han efectuado movimientos para obtener una disminución de la jornada.

En el año 1911 –ya estaba en poder de la comisión el proyecto a que me refiero– se levantaron en huelga los tranviarios y los carpinteros, reclamando la jornada de ocho horas; también los cortadores de calzado, los conductores de carros, los curtidores, los trabajadores del Frigorífico Uruguayo, los del Frigorífico Montevideo y los de la fábrica de baldosas Risso. Esto en Montevideo. En Canelones los albañiles de Pando, conflicto que fue seguido de una huelga general de todos los obreros de la localidad, reclamando la implantación de la jornada de ocho horas, y en Paysandú, en 1912, los trabajadores de la barraca Plottier y los ladrilleros de los Hornos Blaisio. En el año anterior y a principios del que corre, se han declarado en huelga por lo mismo, reclamando la implantación de la jornada de ocho horas, los carboneros, los tejedores de la Algodonera Uruguaya, los picapedreros y los peones municipales.

A este número hay que añadir el de numerosos gremios que no se han declarado en huelga para reclamar la implantación de dicha jornada, precisamente esperando que la Cámara sancionara esta ley, considerando que les convenía más esperar la implantación de la jornada por la ley misma, que lanzarse a la aventura siempre peligrosa de un movimiento de esa naturaleza”.

Los opositores a la ley recurrieron a todos los obstáculos posibles contra su consideración.

Cuando el tema llegó al orden del día, y a pesar de que había tenido amplia discusión pública y se contaba con el informe de la comisión, se exigió aun más información. Frugoni llegó a indicar: "A mí no puede menos que causarme profundo asombro la declaración de que señores diputados no conocen todavía bastante el asunto de que se trata, a pesar de que el proyecto figuraba desde hace un año en el orden del día". Pero la mayoría consiguió que, antes de entrar al debate, la secretaría diera lectura a un repartido de la comisión que abarcaba no menos de doscientas páginas.

La discusión sobre las ocho horas se había entablado desde largo tiempo atrás. Dos años antes, por ejemplo, en una encendida polémica promovida a iniciativa de Frugoni, el diputado Paullier reprochó al legislador socialista: "Le hacen muy mal a los trabajadores, en estos momentos, los que abogan por la jornada de ocho horas. Yo soy muy amigo de que tengan el mayor tiempo disponible y que se les recompense su trabajo debidamente; pero la jornada de ocho horas es perjudicial para el obrero, y voy a probarlo en pocas palabras. Antes el obrero tenía diez horas de trabajo; después de esas diez horas iba a su casa cansado y no tenía tiempo ni ánimo para ir a la trastienda de los almacenes a jugar a la escoba y al truco, gastando lo que había ganado durante el día. Se les hace un flaco servicio creándoles necesidades y vicios de que tal vez más tarde tendrán que arrepentirse de haberles concedido. Yo no soy enemigo del obrero; soy un verdadero amigo, por eso hablo así".

Un breve paréntesis: en esa oportunidad, el diputado Paullier intentó responsabilizar a Frugoni de alentar "con su presencia, ilustración y talento" los excesos registrados en un conflicto del transporte. Planteó entonces el clásico argumento de los atentados contra la libertad de trabajo.

Don Emilio replicó que el diputado Paullier ya tendría “ocasión de lucir sus conocimientos y de tratar de influir en el ánimo de sus colegas en lo referente al grave mal, a los enormes daños que la limitación de la jornada causa a los trabajadores”.

“En cuanto a la libertad de trabajo –expresó– ya tuve ocasión de decirle al señor diputado en una interrupción, que considero mucho más respetable que ella el derecho a la vida, y que si los empresarios empiezan por desconocer ese derecho, ¿cómo puede exigirse a los trabajadores que respeten la libertad de trabajo cuando se ven perseguidos, desconocidos en ese derecho fundamental, esencial, que es inherente, inseparable de la persona humana? Por lo demás, esa libertad, esa decantada libertad de trabajo que suele oponerse como un espantajo ante las agitaciones obreras, no es en realidad más que una de las tantas libertades que van sufriendo, con la evolución de los tiempos, de los conceptos jurídicos, de los principios fundamentales de la sociedad, limitaciones cada vez más grandes.”

“La libertad de trabajo no es tal, en la mayoría de los casos, sobre todo cuando se entiende, como el señor diputado Paullier parece entenderla, como la libertad de traicionar a los compañeros y de condenar a los que se declaran en huelga a la derrota, al hambre y a la miseria.”

En cuanto a la libertad de contratar –tema que también se planteó en ese debate– Frugoni expresó: “Cuando los obreros van a ponerse de acuerdo con un patrón, no lo hacen en el uso completo y libre de su voluntad o sus facultades de contratación; no puede decirse que ese contrato está amparado por la más amplia libertad. Es en la mayoría de los casos, en casi todos los casos, un contrato impuesto por necesidades imperiosas, porque el obrero necesita trabajar,

de cualquier modo, para no morir de hambre. En realidad los que pactan allí no son dos hombres: es el hambre de un hombre con la prepotencia de otro. No sé, entonces, cómo se puede hablar con tanto aplomo de la libertad de contratación del trabajador, desarmado y acosado por las necesidades, frente a sus amos poderosos. Por encima de estas libertades: una que es ilusoria, que no existe, otra que por lo general perjudica a los trabajadores conscientes, pues va en contra de los intereses más hondos, más respetables de la clase proletaria –por encima de estas dos libertades, repito– está el derecho a la vida”.

La lucha por las ocho horas

Es tarea casi imposible sintetizar, aquí, los principales conceptos que planteó Frugoni en el extenso debate parlamentario sobre la jornada de ocho horas.

Tuvo que refutar todo tipo de argumentos. Desde algunos tan simples como el ya indicado de que la ley favorecería la extensión del alcoholismo, hasta la acusación de que se trataba de una idea extremista.

Con profundo estudio del tema, documentación y altura, Frugoni enfrenta todas las objeciones. Empieza por señalar que los capitalistas prefieren, en general, repudiar y rechazar reivindicaciones obreras “por elementales, inofensivas e inocentes que sean, tachándolas de revolucionarias y desquiciadoras”.

No son pocos —explicó— los que imitan el ejemplo de aquel estanciero argentino, de quien nos cuenta un adalid del socialismo en la república vecina que habiendo hallado una mañana en la puerta de la cocina de los peones un letrero que decía

“queremos más galleta”, fue corriendo a contarle azorado a su señora que en la estancia se le habían metido los anarquistas.

Un pasaje de la discusión resulta de especial actualidad. Se trata de un debate con los partidarios del liberalismo económico, escudados –como en nuestros días– en la palabra libertad, para negarla. “Resultan deleznable –afirma Frugoni– las declaraciones que se hacen en nombre de la libertad individual que se quiere defender, manteniéndola intangible, porque se olvida que esa libertad individual está amenazada y comprometida en la persona de los trabajadores, cuando se deja que en el campo de las relaciones del capital con el trabajo prime con toda libertad, con todo su absolutismo y con toda su tiranía, la ley del más fuerte.”

Aunque en el mundo se habían logrado ya importantes avances en la reducción de la jornada de trabajo, en Uruguay la oposición fue enérgica. Como en otros países, los industriales se pusieron aquí de acuerdo para contestar al unísono en asambleas donde adoptaron resoluciones.

“Podía haber entre ellos alguno –explicó Frugoni– que personalmente no opinara lo que la asamblea había resuelto; pero por espíritu de clase, por espíritu profesional, todos quedaban comprometidos a responder a las encuestas en idéntica forma. Si se deseaba obtener un reflejo de las opiniones personales, un reflejo del criterio de cada uno de los industriales, esto no podía obtenerse. En realidad, lo que se lograba era una expresión que traducía la voluntad colectiva de los industriales, que era a veces tan sólo la opinión de los de mayor influencia. Y esto es ni más ni menos lo que ha sucedido ya en nuestro propio país, porque es así como se explica que en uno de los alegatos presentados por nuestros industriales a la Cámara contra la ley de las ocho horas, aparezcan firmando instituciones que han aplicado, desde hace tiempo, esa jornada de trabajo.” Firmaban,

por ejemplo, los gerentes de bancos en los cuales ya regía la jornada de ocho horas. Y Frugoni indica que “muchos de los firmantes no podían estar convencidos de que la jornada de ocho horas significaría la ruina de esas instituciones, porque si fuera así, habrían empezado por no aplicarla”.

Sostiene, además, frente a legisladores médicos, conocedores de la orientación científica de la higiene moderna y de la defensa de la salud, que la disminución de la jornada de trabajo está vinculada, precisamente, a la capacidad física e intelectual de los que producen la riqueza.

No se repudien estas reformas por socialistas, plantea Frugoni. No se rechacen por avanzadas, por revolucionarias. “No se predisponga contra ellas a ciertos espíritus diciendo que quienes más ardientemente proclaman, reclaman e imponen estas reformas son los socialistas, porque en todo caso lo que habría que probar antes es que los socialistas, al abogar por ellas no abogamos por algo que conviene no ya por sus conveniencias futuras sino por sus mismos efectos inmediatos a la sociedad futura.”

En otro pasaje argumenta: “¿puede acaso, en los tiempos que corren, pretender ninguna clase que para no poner en peligro sus posiciones, sus privilegios, su preeminencia, se niegue a toda otra clase el derecho a una vida más humana (...) el derecho a prepararse para defenderse contra los avances de la explotación?”.

Industriales opositores a la ley preferían en sus campañas —observa— “no invocar los intereses de su propia clase sino las conveniencias de la sociedad y por otra parte, aunque ello resultara un sarcasmo, las conveniencias de los trabajadores mismos. En otros países los industriales han sido más francos y han declarado con toda impudicia que lo que a ellos no les conviene es, precisamente, que los trabajadores se instruyan, porque los trabajadores instruidos se hacen demasiado exigen-

tes. En Estados Unidos, no hace mucho, declaraba ante el Instituto Americano del Hierro y del Acero, un poderoso industrial, que la conveniencia de las jornadas largas era que durante todo ese tiempo los operarios no podían hablar de su descontento”.

Frugoni describe las exigencias del progreso. Recuerda al respecto que cuando las máquinas desataron contra los obreros una competencia ruinosa y brutal, éstos se rebelaron destruyéndolas. Pero luego comprendieron que si bien las máquinas los desalojaban despiadadamente del taller, eran un factor de progreso y que lo más conveniente no era destruirlas sino luchar para que llegaran a ser propiedad de todos. Sólo así, poniendo las máquinas y los avances tecnológicos al servicio de la sociedad dejarían de ser “terribles adversarios inmediatos en las batallas cotidianas por el pan” para transformarse en “un poderoso, fecundo aliado del hombre productor”. Sobre este punto agrega: “Cuando las máquinas aparecen, revolucionarias y perturbadoras en el campo de la producción, haciendo sentir al proletario todo el peso inexorable de su ciega superioridad y absorbiéndolo e incorporándolo en cierto modo a su propio organismo de hierro, surge desde ese momento la necesidad de que el productor se defienda contra el peligro de transformarse en una máquina humana, porque, para que esas fuerzas creadas por el hombre sean dominadas por él, y para ponerlas al servicio de los más legítimos intereses humanos es necesario, es imprescindible que surja y se desarrolle victoriosamente la conciencia y la inteligencia de clase de esos hombres que, no siendo los poseedores de la máquina, están destinados a ser vencidos y sometidos por ella, si no saben defenderse”.

De la misma manera que los trabajadores dejaron de destruir las máquinas para disponerse a conquistarlas —explica Frugoni— los capitalistas deben ver en las reivindicaciones surgidas de la conciencia proletaria los efectos inevitables del progreso.

Las tres dimensiones de la democracia

Tal es el título que Emilio Frugoni dio a uno de sus libros. Concibe a la democracia como una realidad en la que el principio de libertad, la idea de la igualdad y la noción de justicia deben estar consustanciados en un todo indivisible.

Las tres dimensiones –la política, la social y la económica– confieren a la democracia su jerarquía de solución integral para la convivencia humana y el progreso de los pueblos.

Ciertas libertades pueden volverse ilusorias –enseña–, por lo cual se imponen límites jurídicos a la propiedad, a los derechos patrimoniales, si no se quiere que para muchos hombres, para multitudes, todas las libertades se reduzcan a la libertad de morir de hambre, que no es precisamente una libertad, sino una terrible imposición.

No hay peor esclavitud que la miseria, sostuvo Frugoni, por lo cual la democracia debe asegurarle al hombre, tanto

al individuo como a la masa, las condiciones que hagan posible la libertad para todos. La democracia política proclama la igualdad de todos los hombres ante la ley. Pero a ella debemos completarla con la democracia social. Porque no basta con establecer que todos los ciudadanos son iguales ante la ley si esa igualdad no se concreta en la práctica.

A la igualdad de derecho se debe sumar la igualdad de hecho.

Pero al afirmar que la democracia política, en cuanto asegura postulados teóricos, no es completa, Frugoni destaca además que, aun incompleta e imperfecta, es una conquista que debemos defender y en la que debemos apoyarnos, no para destruirla sino para superarla y perfeccionarla.

Aspiramos a que la democracia sea integral —decía—, a que tenga una dimensión política, como campo de acción y garantía de las libertades del ciudadano en la vida cívica; una dimensión social, que atienda las necesidades colectivas por encima de las relaciones jurídicas del individuo en el campo de la vida y del derecho privado; y una dimensión económica donde el hombre en la persona del obrero, del peón, en todos los ámbitos de la producción y del trabajo, en toda latitud y cualquiera sea su color, esté libre de la explotación y se le reconozca su sagrada condición humana.

A esas tres dimensiones de la democracia debemos aspirar si queremos alcanzar con ella el verdadero reinado de la libertad, de la igualdad, de la justicia y por tanto de la paz y la fraternidad universales.

En esta concepción, el socialismo es la culminación de la democracia en todas sus dimensiones. Socialismo que nada tiene que ver, por cierto, con el liberalismo económico. Socialismo que no es la negación sino la superación del liberalismo político. Que es, por otra parte, la forma más

completa y elevada del individualismo, por cuanto tiende a afirmar al individuo en la persona de todos y cada uno de los componentes del pueblo, en una sociedad que los rodee de garantías que los pongan a cubierto de la opresión de otros individuos o de unas clases por otras.

Frugoni predicó la necesidad de organizar una sociedad en la que la libertad alcance a todos. No una sociedad que tenga en cuenta las conveniencias de unos pocos, como es la sociedad capitalista. De acuerdo a esta concepción criticó duramente al liberalismo económico, señalando que la mejor organización social no puede ser aquella que, a pretexto de exaltar al individuo, sacrifica la inmensa multitud de unidades del pueblo. La mejor organización –agrega–, aun desde el punto de vista del individuo, es aquella que en vez de defender y exaltar al individuo poderoso o al individuo poseedor, defiende a todos los individuos en general, puesto que la solución consiste en poner el orden social al servicio del hombre y no el hombre al servicio del orden social.

Como la culminación, el perfeccionamiento de la democracia en todas sus dimensiones ya es el comienzo del socialismo, importa analizar qué es el socialismo; cómo lo concibió, cómo lo definió en su larga prédica Emilio Frugoni.

Qué es el socialismo

En varios de sus libros y en numerosos discursos, conferencias, folletos y artículos, Emilio Frugoni analiza los elementos para una posible definición del socialismo.

Haremos alusión a algunos textos fundamentales y a planteamientos que pueden tener especial vigencia hoy, o en el futuro al que debemos apuntar luego de la necesaria construcción actual.

Los estudiantes del Liceo Nocturno le propusieron, precisamente, una conferencia sobre socialismo.

Frugoni –acorde con el pedido de los organizadores y con aquello de que hablar a la juventud es un género de oratoria sagrada– comenzó por decir, con su buen humor de siempre, que haría una exposición de doctrina y no un simple discurso de propaganda; “pero si de la exposición resulta propaganda, porque hay cosas que se recomiendan con sólo exponerlas, yo no he de molestarme, ni nadie tendrá derecho a molestarse”, afirmó.

En esa oportunidad (1931), al igual que más de quince años después en *Génesis, esencia y fundamentos del socialismo*, comienza por analizar las raíces, los antecedentes y los rasgos esenciales del socialismo.

Conviene comenzar definiendo, aunque definir es limitar, como advertía el gran Leonardo, plantea Frugoni. Y —como en sus múltiples textos— se interna con claridad en la explicación del socialismo, sus postulados, principios y fines; porque suele hablarse del ideal socialista muchas veces para oscurecerlo en una nube de intrincados equívocos y otras en provecho de causas ajenas a nuestra verdadera ideología.

Al analizar las definiciones relata que Proudhon, revolucionario que se vio enfrentado a un tribunal de justicia, dijo, ante una pregunta del juez, que “socialismo es la aspiración hacia una sociedad más justa y más humana”.

Con ironía polémica, el juez replicó: “Entonces yo también puedo considerarme socialista”.

Frugoni explica que en cierto modo el planteo del juez resultaba lógico, puesto que la respuesta de Proudhon no define al socialismo.

“Apresurémonos a señalar —afirma Frugoni— que sólo puede llamarse socialista el que aspira a la socialización de la propiedad, es decir, a que la propiedad sea un derecho de la sociedad y no del individuo.”

Se refiere luego a confusiones y ambigüedades que en torno a la palabra socialismo se han dado en todos los tiempos. Detalló, al respecto, la realidad de algunas fracciones políticas de la burguesía que agregaban, a su denominación verdadera y original, la de socialista, por haber adoptado una parte del programa mínimo socialista. Así ocurría entonces en Francia con el Partido Radical Socialista, que añadió a su primitiva denominación de Partido Radical esa

otra para indicar su tendencia más avanzada o socializante, aunque conservando –dice categóricamente Frugoni– “su carácter de perfecto partido burgués, porque permanece fiel a los principios de la propiedad privada de los medios de producción y de cambio y no actúa en el terreno de la lucha de clases, cuyo principio no acepta”.

Analizó reiteradamente los antecedentes históricos del socialismo. Aludiremos sólo a algunos. Entre los numerosos precursores del socialismo moderno, dijo, por ejemplo, que Jesús predicaba máximas socialistas y que los primeros padres de la Iglesia condenaban, como él, la riqueza y la propiedad. Uno de ellos, San Juan Crisóstomo, llegó a decir que nadie debe dar el nombre de propiedad a cosa alguna, sea cual fuere; lo tuyo y lo mío son mentira. Y San Ambrosio decía, por su parte, que Dios había dado por igual la tierra a los pobres y a los ricos. “¿Por qué, entonces, oh ricos, la consideráis vuestra propiedad exclusiva?” Y agregaba: la naturaleza ha creado el derecho común; la usurpación el derecho privado.

Frugoni informa, reiteradamente, los aportes de los más diversos pensadores desde las más lejanas latitudes, y en especial los de aquellos reformadores sociales como Babeuf, Fourier, Saint Simon, Lerroux, Proudhon, Luis Blanc y otros que abrieron en el espíritu humano una brecha por donde habrían de hacer irrupción más tarde las verdades del socialismo científico, del cual fueron precursores.

Con Federico Engels explica que el conjunto de ideas que el socialismo moderno representa es sólo el reflejo en las inteligencias, por una parte, de la lucha de clases entre poseedores y desposeídos y, por otra, de la anarquía reinante en la producción.

Los grandes pensadores anteriores, los expositores del

llamado socialismo utópico, fueron, en muchos casos, geniales gérmenes de ideas y excepcionales críticos de las injusticias sociales.

“Eran utopistas porque en una época en que la producción capitalista estaba poco desarrollada no podían ser otra cosa. Estaban obligados a sacar de la cabeza los elementos de una nueva sociedad, porque en la sociedad existente esos elementos no se manifestaban todavía de un modo evidente para todos. Se vieron obligados a apelar a la razón y a la fantasía porque no podían apelar a la historia de su tiempo.”²

Luego, los análisis de Marx pusieron fin a lo que había de utópico en la idea socialista. Frugoni explica cómo a partir de Marx y Engels se produce una compenetración entre la idea, la observación e interpretación científica de la realidad y el movimiento proletario. Sostiene, con Jaurès, que la mayor gloria de Marx es haber puesto fin a lo que había de utópico en la idea socialista. Marx puso la idea en el movimiento y el movimiento en la idea. Esa compenetración recíproca, ese mutuo apoyarse entre la idea socialista y la clase trabajadora, que se fundan en un destino común —aquella para ésta, ésta para aquella— se da en la lucha de clases.

Y este es otro aspecto del pensamiento de Frugoni que algunos pasan por alto: la lucha de clases.

2. Federico Engels. *Anti-Dühring*.

Un fecundo método de acción

La lucha de clases –enseñó Frugoni– no es un invento teórico de nuestras doctrinas sino un hecho real y evidente ocasionado por la división de la sociedad en clases, cuyos intereses distintos son a menudo fundamentalmente antagónicos. Conviene aclarar –agregó– el concepto de lucha de clases, porque suele ser muy mal comprendido e interpretado.

Muchos miran con recelo el principio de que el proletariado debe entablar en todos los terrenos esa lucha con criterio socialista, si no quiere ser víctima de la fuerza opresora del capital en permanente beligerancia contra las fuerzas vivas que somete o aspira a someter a su imperio. La miran con recelo porque piensan que ese principio crea la lucha cuando en realidad la lucha surge como consecuencia forzosa de las diferencias sociales y ese principio lo único que hace es comprobar la fatalidad del fenómeno y tratar de que opere en las condiciones más favorables a los trabajadores, utilizándolo en beneficio de su emancipación.

¿Quién puede negar –plantea Frugoni– que entre el capital y el trabajo existe una desarmonía fundamental, invisible o latente, como efecto de que aquél está monopolizado para provecho de sus poseedores y el trabajo se siente oprimido bajo la obligación tiránica de servirlos?

¿Quién puede negar que el capitalismo está en función de lucha para conservar y extender sus privilegios?

La legislación social es, precisamente, el reconocimiento de esa lucha, puesto que busca humanizar el antagonismo de clases. El socialismo –dice Frugoni en un texto sobre qué es y qué quiere el Partido Socialista–, para el cual la lucha de clases es un fecundo método de acción, una palanca de elevación de los oprimidos, conduce precisamente a suprimir esa lucha, lo que sólo se podrá lograr suprimiendo las clases y, con ellas, las causas profundas que motivan y hacen necesaria esa lucha. Lucha que podrá alcanzarse por el camino de la evolución legislativa, “mientras la clase gobernante respete los derechos y libertades de la democracia política”.

Para Frugoni, Marx fue el gran sistematizador de la idea socialista, a la que dio base a partir de comprobaciones históricas y de sus estudios de economía política.

Él fue quien sacó a luz la entraña de la economía capitalista, su naturaleza íntima, su resorte oculto.

Porque descubre la plusvalía o plus valor, probando que el capital se queda con la mayor parte del producto del trabajo, que no paga, y que la acumulación de ese trabajo no pagado es el capital.

El socialismo –sostiene Frugoni con Marx y Engels– quiere que “el capital, producto colectivo que no puede ser puesto en acción sino por el trabajo colectivo de muchos”, en vez de ser propiedad privada de algunos sea propiedad colectiva de todos los que contribuyen a crearlo. Busca poner a la so-

ciudad en condiciones de ser ella (la sociedad, no el Estado) la dueña del capital, que hoy se crea para provecho de unos pocos, y entonces se crearía para provecho de todos. Los instrumentos para forjar esa sociedad son la organización de los trabajadores en *partido político*, la organización de *sindicatos* (para defender los intereses del obrero en sus relaciones directas e inmediatas con el capital) y la organización en *cooperativas*, para ponerlo a cubierto de la explotación mercantil o de la explotación patronal.

En realidad –agrega Frugoni– el socialismo echa mano de un medio directo de reforma social: la organización política, llamada a forjar la ley, y de dos medios indirectos: la organización gremial y las cooperativas. Concibe a la fuerza política como un partido de clase, organizado para combatir precisamente las instituciones y las leyes de clase, que son las que existen para amparar los privilegios económicos.

De estos elementos surge nítidamente su definición del socialismo, al que caracteriza como un movimiento de trabajadores en defensa y por la elevación del pueblo trabajador que, guiado por el análisis científico de la realidad, busca crear una sociedad de libertades plenas, sin explotadores ni explotados, es decir, sin clases sociales, basada en la propiedad social, colectiva, de los grandes medios de producción y de cambio.

En la mencionada conferencia sobre socialismo, Frugoni destaca la importancia de ir jalonando el camino con actos que traduzcan la interpretación de la doctrina; que la expliquen relacionándola directamente con algún problema actual. Aportaremos aquí apenas algunos ejemplos –entre mil posibles– de esa aplicación de la doctrina a los hechos por parte de Frugoni, autor de múltiples iniciativas, miembro informante y defensor de importantes proyectos, propios y ajenos.

Su actuación en el Parlamento, en la cátedra de Legislación del Trabajo, en sus ensayos y artículos periodísticos, en su prédica permanente, desborda en fecundas enseñanzas de extraordinaria actualidad. Repasemos algunas.

Hoy, un tema de quemante actualidad es el de las empresas públicas. Al respecto, plantea don Emilio: en el terreno de la socialización es donde hemos visto más de una vez al batllismo desacreditar un principio que nosotros hemos sostenido siempre como saludable y necesario para el desenvolvimiento económico del país; desacreditarlo, porque en nuestro país el batllismo ha ido muchas veces a la nacionalización o a la estatización de algunas industrias no persiguiendo altos fines sociales o económicos sino, sobre todo, fines políticos. Le ha preocupado más la injerencia que podría desplegar en el seno de esos organismos, la influencia que podía hacer valer para colocar amigos o contar con muchos votos, que los intereses generales en juego. El fracaso de la industrialización oficial en muchos casos es algo que no puede prestarse a la más mínima duda. Un ejemplo es el de la Administración de los Ferrocarriles del Estado, que ha sido un verdadero desastre por obra y gracia de la injerencia política. Siempre se han recargado esos organismos con frondosos estados mayores, se ha recargado su presupuesto con sueldos enormes para estados mayores dirigentes inútiles o funcionarios incapaces. Esta es una de las grandes causas por las cuales en nuestro país hay gente que mira con preocupación la injerencia del Estado en la actividad de carácter industrial.

Esto, que parece tan actual, fue (textualmente) la denuncia planteada por el representante socialista en la sesión de la Cámara del 9 de julio de 1930 (forma parte de un largo debate registrado en la página 594 del Diario de Sesiones).

“Esa peregrina ocurrencia...”

Cuando José Batlle y Ordóñez envió al Parlamento el proyecto de nacionalización de los servicios de energía eléctrica, Frugoni no sólo defendió y votó la iniciativa, sino que la complementó.

Propuso, por ejemplo, la representación de los trabajadores en el Directorio, lo que escandalizó, hasta el punto que el diputado Paullier intentó ridiculizar esa propuesta: “era lo que teníamos que oír en esta Cámara, lo que acaba de decir el señor diputado; esa peregrina ocurrencia...”

Y todavía se alarmó más cuando don Emilio propuso la participación de los trabajadores en las ganancias. Tanto, que calificó al artículo redactado por Frugoni de “artículo comu-nero”, por alusión —explicó— a la revolución de la Comuna de París, de la que usted (dijo a Frugoni) ha sido tan grande paladín en el periódico socialista. Entre otras cosas Frugoni respondió: “No he podido intervenir, desgraciadamente, en la Comuna, porque es un hecho histórico ocurrido antes de que

yo naciera. Pero al comentar ese suceso, ese acontecimiento histórico, lo defiende y creo ser, con ello, perfectamente consecuente con las ideas socialistas”.

El diputado Paullier, al referirse al artículo que calificó de comunero, sostuvo que Frugoni debía explicar “con qué capital iban a entrar esos individuos a gozar del beneficio de las usinas”. A lo que don Emilio replicó: “el señor diputado Paullier es de los que creen que los patronos y los capitalistas son los que dan de comer a los obreros y no los obreros a los patronos, olvidando que hasta los mismos economistas conservadores cuando quieren justificar, legitimar la existencia del capital privado, dicen que éste es una acumulación del trabajo; de donde resulta que el trabajo es fuente y alimento del capital y no éste fuente y alimento de aquél”.

Se podría analizar planteos sobre la democracia y el socialismo en múltiples debates en el Parlamento y en la Constituyente que elaboró el texto que comenzó a regir en 1917, en defensa del voto secreto, de los derechos políticos de la mujer (lo que recién pudo concretarse más de veinte años después), sobre la reducción paulatina de las Fuerzas Armadas, o la eliminación de la justicia militar; así como sus numerosos debates con motivo de conflictos obreros, o las discusiones en las que debió denunciar los crímenes del fascismo frente a legisladores que lo defendían, como los diputados blancos Menciondo y Buranelli, el primero de los cuales llegó a sostener, el 1° de abril de 1929 en la Cámara (ya había ocurrido, entre otros crímenes, el asesinato de Matteotti) que “Benito Mussolini es, fuera de toda duda, el hombre más extraordinario de los tiempos modernos”.

Frugoni enfrentó directamente ese planteo así como otras acusaciones durísimas, algunas de las cuales desestimó, destruyéndolas al ridiculizarlas con ironía.

En las primeras décadas del siglo xx, cuando se solía acusar a dirigentes obreros y a socialistas de profesar doctrinas foráneas, replicó sosteniendo que esa falsedad no era sino xenofobia de clase “propia de quienes adulan al hombre venido de otras playas si es capitalista” y “abominan de quienes, perteneciendo a la legión de los explotados, se incorporan al movimiento renovador con cerebro libre de telarañas tradicionales y resuelta voluntad de combatir por la causa de la emancipación obrera”.

Más objeciones contestadas

Con frecuencia los socialistas hemos tenido que enfrentar la acusación –planteada en tono despectivo– de materialistas. Algunos enfrentamientos polémicos, en especial con los partidos tradicionales, fueron publicados por Frugoni en un trabajo que tituló “Socialismo, batllismo y nacionalismo”. En un pasaje del mismo expresa: “Al pueblo explotado suele ocurrirle, cuando reclama mejores condiciones de vida frente a los ‘idealistas’ cómodamente arrellanados en el banquete del privilegio, que éstos, con olímpico desdén, lo increpen llamándolo ‘materialista’... Para los periódicos defensores de las ventajas materiales de la burguesía, los socialistas carecemos de idealismo porque exhortamos a las masas proletarias a preocuparse de la defensa de sus intereses. Pero, ¿cuál es el idealismo de la burguesía y de los profesionales de la política criolla? Ese ‘idealismo’ consiste en oponer las más reales barreras al avance del sentimiento de justicia social apunta-

lando instituciones que, creadas por un estrecho egoísmo de clase, hacen perdurar las desigualdades económicas e imponen en el mundo la ley de hierro de los intereses capitalistas. Y se quiere hacer creer que son ellos, los satisfechos y los parásitos mentales del prejuicio organizado, los Arieles, los detentadores de esa virtud de las especulaciones idealistas y los únicos que poseen la abnegación y el espíritu de sacrificio. Ellos, los que se reparten el botín de las riquezas colectivas o navegan con gran tranquilidad de ánimo en las aguas de un plácido conservatismo dejándose arrullar por los parabienes de los poderosos y el ritmo habitual de una existencia sin privaciones... Para ser socialistas es preciso renunciar a muchas cosas, chocar con muchas fuerzas, soportar francas o veladas persecuciones. Nada exige más espíritu de sacrificio que la lucha en nuestras filas. ¿Que no nos guía la luz del ideal? ¡Y quiénes nos lo dicen! ‘Sé estómago’, gritaríamos al pueblo según ellos, ¡cuán ridícula acusación! Somos el único partido que se esfuerza en hacer del proletariado un gran cerebro. Los paladines del privilegio son los que se empeñan en que el pueblo sea un gran estómago... Un estómago vacío”.



Alguna vez se planteó —no sólo en sectores de derecha— que Frugoni y el Partido Socialista, en lugar de apuntar a cambios profundos, auténticamente revolucionarios, mantenían una actitud conforme con posiciones testimoniales; hasta se aludía al respecto a algún planteamiento parlamentario del propio Frugoni. La verdad es otra.

Lo que el legislador socialista expresó fue lo siguiente: “Algunos sostienen que lo que me molesta es que el batllismo, adueñándose de las ideas del programa socialista, nos deje a nosotros un poco sin rol en la política nacional o, para decirlo en términos un poco más vulgares, sin chance.

A mí nunca me ha preocupado esto, señor presidente. Al contrario; yo veo siempre con muchísimo agrado, y lo digo con absoluta sinceridad, que los otros partidos políticos de mi país se inspiren en nuestras propias iniciativas y recojan las cláusulas de nuestro programa. Nos complace muchísimo, porque esto, lejos de dejarnos sin rol en el desenvolvimiento histórico de la política nacional, por el contrario nos concede una enorme importancia; nos hace aparecer como estimulantes de los demás, como fermentos; alguna vez hemos dicho, como picana que obliga a los grandes partidos políticos a marchar por el camino del progreso y de las realizaciones democráticas”.



Con frecuencia se discute sobre el origen de algunas leyes obreras. Se polemiza, por ejemplo, sobre quién planteó la ley de ocho horas, pasándose por alto las luchas que tuvieron que desarrollar, en el mundo, los trabajadores, para obtener y difundir esa conquista. Más allá de esa larga marcha por la reducción de la jornada de trabajo es necesario analizar —si se quiere razonar sobre el tema— los sucesos de 1886 en Chicago, el heroísmo de los mártires y el movimiento mundial que consagró, en 1889, en la Internacional Socialista, la

fijación de un paro mundial para reclamar, el 1° de mayo de cada año, una jornada unánime por las ocho horas.

Al analizar esa conquista en Uruguay suele hablarse del tema sin haberse leído, siquiera, el debate parlamentario sobre el mismo. Lectura que permite, entre otras, una conclusión: sin la presencia de Frugoni y las movilizaciones obreras de esos días (que ya en 1904 encabezaban esas demandas) resulta difícil imaginar su aprobación. Sobre el tema Frugoni escribió: “No hemos de negar que algunas leyes obreras existen en el país. Pero de ellas ¿cuántas se deben efectivamente al batllismo? A Batlle algunas, al batllismo ninguna. Porque si Batlle las proyectaba, algunos batllistas las apoyaban, y otros batllistas las combatieron, logrando detenerlas, a veces con irresistible y desesperante eficacia. La ley de ocho horas fue combatida por amigos políticos de Batlle...”.

Estas razones, expuestas en las primeras décadas del siglo xx por Frugoni, fueron luego confirmadas, sobre todo por la trayectoria del Partido Colorado, en el que la actitud progresista de Batlle, Arena y Grauert terminó negada por quienes cambiaron de posición, apoyando al liberalismo económico, negando que la libertad en el campo económico resulta similar a la libertad del zorro en el gallinero. No es casualidad que nadie reivindique, hoy, desde el lema colorado, las ideas de Julio César Grauert y haya, en cambio, en esas filas, connotados legisladores del Opus Dei, adversarios, por tanto, de los teólogos de la liberación.

Frugoni advirtió siempre, en su larga prédica que alguna vez definió como la de un porfiado guerrillero de la política, que los obreros no debían “confiar la defensa de sus intereses de clase a ninguno de esos partidos que los llevan a votar por reaccionarios auténticos y por avanzados de ocasión”, sino que debían defenderse ellos mismos “organi-

zándose políticamente en el Partido Socialista, cuyos principios e ideas traducen y refuerzan la aspiración específica del proletariado consciente a la implantación de la justicia social y a su propia emancipación completa, como luminoso coronamiento de las conquistas parciales alcanzadas en una lucha tenaz e incesante contra la explotación, la iniquidad, el privilegio y la rutina”.



Desde 1929, con la crisis del capitalismo, todo se precipitó. Una turbonada golpista, como la denomina Carlos Machado, se desencadenó desde el Caribe hasta el Sur. En la onda larga de esa crisis (1933) también fueron arrasadas las instituciones en Uruguay.

En tierras más lejanas, fundamentalmente en Italia y Alemania, la lucha social se había resuelto por la violencia de derecha. A los problemas nacionales se sumaban las sombras del totalitarismo. Luce Fabbrì caracterizó objetivamente al fascismo como una contrarrevolución preventiva. El drama se extendía. Comenzó a resultar evidente que cuando el poder de derecha siente que sus privilegios están en riesgo, recurre a la violencia o a los uniformados que tiene a sus órdenes para las épocas difíciles.

El 30 de marzo el Parlamento rechazó las medidas extraordinarias planteadas por el presidente Gabriel Terra, cuyas intenciones golpistas eran denunciadas desde tiempo atrás.

La réplica inmediata a esa actitud honrosa fue la censura de prensa, la clausura de diarios y semanarios (entre ellos el

semanario socialista *El Sol*), las destituciones, los destierros, los encarcelamientos.

Los autores del golpe de Estado denominaron a esas arbitrariedades la “revolución de marzo”.

Al igual que décadas después (en 1973), al entronizarse el régimen más criminal que sufriría Uruguay, los golpistas dijeron: “No es dictadura”. Carlos Quijano en *Combate*, publicación que sustituía a la que dirigía anteriormente y que había sido clausurada, comentó: “No hay dictadura, pues, a pesar de que...” y detalló una larga serie de medidas. Entre ellas:

- Gabriel Terra, que juró por su honor respetar la Constitución, la pisoteó y escarneció.
- El Consejo Nacional, electo sin mácula, con todas las garantías, fue disuelto por la fuerza y encarcelados y deportados sus integrantes.
- Los gobiernos municipales fueron sustituidos por intendentes designados por Terra y sus secuaces.
- Los directorios de entes autónomos fueron destituidos.
- Los delegados obreros a la Caja de Jubilaciones defenestrados.
- Las reuniones políticas prohibidas.
- La prensa censurada.
- Todos los medios de comunicación pasaron a ser controlados por el superior gobierno.
- Los políticos contrarios al golpe desterrados, espionados u obligados a vivir a salto de mata.
- La Universidad agredida y uno de sus decanos deportado por el inmenso delito de haber reclamado desde una casa de estudios donde debe conservarse, por encima de todo, el respeto de la ley, que esa ley fuera respetada.

El 31 de marzo, Baltasar Brum, ex ministro, ex presidente de la República, miembro del Consejo Nacional de Administración, resiste la acción de los policías que han ido a detenerlo, se niega a partir hacia el destierro y, en gesto simbólico, como un llamado a la lucha por la democracia después de varias horas en las que, armado, defiende su libertad, se suicida.

Según Alba Roballo, el primer lugar donde se hizo sentir la repercusión del balazo de Brum fue en la Universidad. El decano de la Facultad de Derecho, en ese momento Emilio Frugoni, resistió, junto a los estudiantes, la intervención. Apresado, fue conducido al cuartel de bomberos.

Gustavo Gallinal, en "El Uruguay hacia la dictadura" informa que estando preso en el cuartel Primero de Caballería vio pasar por los corredores, prisioneros, a Victoriano Martínez y a Emilio Frugoni.

Tomás Brena, en un libro sobre el maestro, transcribe una exposición de Gustavo Gallinal en el Senado (en 1943) en la que relata que vio a Frugoni, intelectual preclaro, decano de la Facultad de Derecho (de quien lo separaban divergencias ideológicas y hasta rozamientos de carácter personal, resultado de apasionados debates políticos), arrancado violentamente por la dictadura de su puesto de maestro de la juventud, para ser arrojado a las cuadras de un cuartel.

"Declaro —expresó Gallinal— que se sublevó en mi corazón todo lo que había de dignidad ciudadana y que me sentí desde ese momento estrechamente vinculado a él y dispuesto a hacer juntos las duras jornadas que nos deparara el destino."

En el exilio, Frugoni dicta clases, publica *Ensayos sobre marxismo*, *La revolución del machete*, escribe poesía ("El Uruguay me duele,/ como a Unamuno España/ en esta hora

de tinieblas/ que nos castiga con la sed del alba”).

Volverá, reelecto, a un país en el cual, en octubre del 34 había sido asesinado Julio César Grauert, y los enfrentamientos se acentuaban.

Denuncias de fraude y de torturas agregaban sombras al régimen.

Frugoni sabía los riesgos que debía enfrentar. Armando Malet me contó –en ocasión de una entrevista para el semanario *Marcha*– que Frugoni informó a los amigos exiliados en Argentina que no estaba dispuesto a dejarse manosear si se pretendía detenerlo al desembarcar. El propio Malet le facilitó un revólver.

“Ese juramento es falso...”

Al regresar a Uruguay, el primer enfrentamiento que tuvo Frugoni fue en el Parlamento, desarmado, en el instante mismo que el dictador prestaba juramento como presidente reelecto. La crónica de *El País* relata la sesión. A toda página (pág 6, ocho columnas) tituló: “Con sonados escándalos se hizo ayer el acto en el Palacio Legislativo”. A dos columnas, sobre la izquierda: “Contestaron a golpes al doctor Emilio Frugoni”. Y también a dos columnas, sobre la derecha: “Los comunistas resultaron con graves heridas”. Entre ambos subtítulos, a cuatro columnas, una nota titulada: “El pueblo estuvo ausente” informa que “la dictadura no tiene pueblo; no había más que lanzar una mirada a las barras. Estaban, es cierto, llenas. Pero allí sólo aparecían las blancas pecheras de los diplomáticos que asistían por compromiso, o los galones dorados de los altos jefes del ejército. Después la *claque* llevada ante el convencimiento del fracaso de público. Era

aquello una aglomeración física, sin almas y sin calor (...). El pueblo no estaba allí (...). Allí no entraban más que los corifeos de la dictadura”.

El cronista subtitula con palabras de Frugoni dirigidas a Terra: “Ese juramento es falso, porque Terra nunca cumple lo que jura”. Y relata lo que califica de “un gran escándalo”. Con eficacia periodística divide los hechos en episodios. En la primera parte el periodista Scarone describe la clausura de la Constituyente. Ingresaba Gabriel Terra “con cola y pechera. Tras él un mundo de policías (...). “Los comunistas gritan: ‘Abajo la dictadura’”. Aunque “fue una exclamación correcta (...) varios constituyentes avanzaron en patota contra los cuatro comunistas. Con ellos la Policía y unos cuantos ‘guardias democráticos’.

Se entabla una batalla descomunal. Los cuatro comunistas pelean contra sesenta, luego ochenta, cien enemigos. Caen por fin extenuados, y ya en el suelo, la patota, en plena sala de sesiones y ante la mirada de Terra sigue pegando furiosamente a los caídos. Por fin los sacan maltrechos.

Eliminados los cuatro comunistas empieza a hablar el presidente Terra (...). Explica por qué aceptó la reelección (declaró que se ‘sacrificaba’ por cuatro años más)”.

El segundo acto comienza a las 14.30. Es la sesión inaugural de la nueva Cámara. “Hay nuevas escaramuzas, hasta que se produce el siguiente pasaje:

Señor Aquiles Espalter —Yo he sido electo por tres departamentos. Opto por uno de ellos; por el de Durazno.

Doctor Frugoni —Felicito al señor diputado por la popularidad que ahora disfruta.

Señor Espalter —El doctor Frugoni es diputado electo por la dictadura.

Doctor Frugoni —No; no soy diputado electo por la

dictadura. ¡Soy electo por ciudadanos de carne y hueso y con sólo venir a esta Cámara honro a la dictadura, sin que ustedes nunca puedan honrarme a mí, pues han sido electos por la Policía!

Señor Espalter —¿Y el doctor Frugoni va a cobrar el sueldo que le paga la dictadura?

Doctor Frugoni —Sí; lo cobraré, para emplearlo en combatir la dictadura, y porque si no lo cobro yo lo cobrará algún sinvergüenza como pago de su servilismo.

(Gran escándalo. Suenan las campanas. Gritan todos en la sala. Las barras rugen. Muchos levantan sus puños amenazantes frente al líder socialista. Pero el doctor Emilio Frugoni permanece sereno y valiente sentado en su butaca, sonriendo al contemplar la impotencia de los dictatoriales que sólo pueden gritar. Parecen una jauría desesperada. De pronto las campanas logran un minuto de semisilencio.)

Señor Reyes Molné —Si la mesa no llama al orden al doctor Frugoni, lo haré yo por mis propios medios.

Doctor Frugoni —Así me gusta. ¡Apareció un valiente!

Reyes Molné ha quedado en ridículo y entonces comienza también él a gritar (...). Frugoni entretanto lo mira con marcado gesto de lástima. Esta actitud superior de Frugoni exaspera aun más a los dictatoriales, que se paran, para gritar por turnos. Gritan siete u ocho y enseguida otros siete u ocho, como para no cansarse (...). Por fin, después de mucho gritar, y en vista del poco caso que les hacía Frugoni los dictatoriales se marcharon y terminó la sesión”.

“Faltaba todavía lo más lindo”

El cronista narra entonces el tercer acto, que comenzó a las 15.30. Es la sesión inaugural de la Asamblea General. Preside Morelli, que un momento antes ha sido electo vicepresidente del Senado. De entrada aparece un mensaje que Terra ha mandado a la Asamblea General. Lo empiezan a leer. Al minuto un diputado “tranquilo”³ pide que se suprima la lectura del mensaje.

“Doctor Frugoni —Me opongo a que se suprima la lectura por entender que si un poder del Estado envía un mensaje público a otro poder del mismo Estado, éste no puede negar a ninguno de sus miembros a que se siga la lectura del mismo documento.

Varios diputados —¿Y para qué quiere oír la lectura de ese documento?

3. Así se calificaba, desde la oposición, a quienes se habían definido, como Luis Alberto de Herrera, “soldados tranquilos” de la dictadura.

Diputado Frugoni —¡Quiero oírlo porque estoy seguro que en él se estampan grandes falsedades!

(...) La Asamblea quiere impedir que se lea el mensaje. (...) Frugoni insiste en que se lea el mensaje. Se vislumbra otro escándalo. Entonces Morelli realiza un acto de 'viveza'. Viéndose perdido hace como que se olvida del mensaje y dice, poniéndose los lentes: 'Declaro electo, por el período 1935-39 al doctor Gabriel Terra como presidente de la República y al doctor Alfredo Navarro como vicepresidente'. Un minuto después se presenta Terra seguido de Navarro y una nube de policías.

Las barras gritan '¡Viva Terra!'.

Frugoni se para y grita a su vez:

—¡Viva la democracia! ¡Abajo la dictadura!

Las barras vuelven a rugir. (...) Hay un silencio.

Terra saluda a Morelli. Luego pone la mano en el pecho y declara con gran nerviosismo: 'Juro por mi honor cumplir y hacer cumplir la Constitución'.

Doctor Frugoni —¡Ese juramento es falso porque el doctor Terra no cumple lo que jura! ¡Perjuro!

Escándalo impresionante. Las campanas suenan en forma espantosa. Ghigliani y varios otros dictatoriales corren hacia el doctor Frugoni con intención de agredirlo. Lo rodean y lo toman por el tronco y los brazos. El doctor Frugoni se defiende y lucha con asombroso valor. Pero son muchos los enemigos que ahora se pelean entre ellos para conseguir el 'honor' de golpear a Frugoni. Reducido a la fuerza todavía se ve la cabeza de Frugoni en alto, erguida y dominando con su cerebro a aquella ola de regresión. Se libraba la batalla entre el pensamiento y la brutalidad desencadenada. En ese momento Frugoni observa que Ghigliani hace ademán como de sacar armas y le grita con decisión: '¡Usted que es

tan valiente, doctor Ghigliani, aproveche a tirar ahora que me tienen agarrado!’

Enseguida vimos al diputado Bonino, de Lavalleja, que mira a Frugoni de frente, pero no se anima a atacarlo a pesar de verlo indefenso. Se sube a una butaca y desde ella lanza sobre la nuca de Frugoni un puñetazo. Tal cobardía parece que va a ser imitada por otros. En esa situación el doctor Manini, que ha contemplado los acontecimientos con cierta calma, no se puede contener y grita: ‘¡No sean bárbaros!’ (...)

Por fin el doctor Frugoni es sacado de la sala por la Policía y algunos militares, que entraron uniformados al recinto. (...)

Entretanto el otro diputado socialista, Líber Troitiño, que se encontraba en antesalas, por no estar aún proclamado, fue provocado por tres o cuatro dictatoriales. Troitiño contestó la agresión y entonces es golpeado por un grupo de diez o doce ‘caballeros’. Cuando el doctor Frugoni pudo salir a la calle, el pueblo, que no pudo entrar al Palacio, lo reconoció y avanzó hacia él aclamándolo. Bien pronto el líder socialista fue rodeado y seguido por la muchedumbre. A su paso se oía sin cesar: ‘¡Viva el doctor Frugoni!’ ‘¡Viva el diputado de la libertad!’ Pero la Policía tenía todavía que lucirse con una nueva heroicidad. Cargó, frente a la calle Nicaragua, con los sables en alto y sin vaina sobre el pueblo que rodeaba a Frugoni, repartiendo palos sin contemplación. Un policía apuntó a Frugoni con el arma y Frugoni respondió con una tranquilidad que helaba: ‘Si lo que lleva en esa arma que esgrime son sus ideas, haga uso de ellas. Nosotros las llevamos en el cerebro y tarde o temprano sentirán su efecto.’”

El ejército, una moción antifascista y el atentado contra Gabriel Terra

En un siglo de duros enfrentamientos en el plano nacional y en el escenario internacional, Emilio Frugoni luchó intensamente contra el fascismo, el nazismo, y en defensa de la democracia y el socialismo. Hasta su poesía vibró con el dolor de los acontecimientos mundiales. En momentos en que poetas de todas latitudes lloraban el asesinato de Federico García Lorca, Frugoni escribió: "Aquí me tienes, García Lorca/ con mi verso como un puñal/ con mi puñal como una horca/ de la que pende un general".

Desde la defensa de la Revolución Mexicana (en *La lección de México*, obra poco conocida y de edición agotada) hasta cada uno de los acontecimientos mundiales (en especial de nuestra América) contaron con su atención y su lucha. Quedan en la cuenta de análisis futuros múltiples aspectos de su vasta acción, sus conferencias y discursos de orador excepcional. Es inevitable aludir, sin embargo, a algunos

planteos sobre el ejército, a un episodio protagonizado por marinos fascistas, y al debate registrado en la Cámara luego del atentado de Bernardo García contra Gabriel Terra.

Ha sido poco mencionada la actuación de don Emilio como catedrático de legislación del trabajo. Felizmente, en una mesa redonda sobre Emilio Frugoni presidida por el profesor Gerardo Caetano, y en la que participé junto a los profesores Julio Louis y Helios Sarthou, pude escuchar un excelente estudio de este último sobre la actuación del maestro en esa cátedra.



Ya el 25 de marzo de 1911 planteó que no estaba dispuesto a dar su voto a favor de un aumento de gastos militares, exhortando a la Cámara a demostrar que la República no necesitaba acrecer de continuo los gastos militares sino, por el contrario, disminuirlos. Tres días después sostuvo que el origen endémico de las revoluciones periódicas que vivía el país estaba ligado estrechamente a condiciones económicas y que era necesario atender a éstas y no hacer mayores gastos militares. “Pongámonos resueltamente a la labor fecunda y regeneradora que requieren los graves problemas económicos, sociales y políticos que nos rodean y nos acosan, y no perdamos tiempo agregando nuevas piezas a la ya bastante pesada maquinaria militar —expresó—. Recojamos la advertencia que nos llega desde el seno de las multitudes laboriosas, que se agitan expresando su malestar; escuchemos las voces de protesta que se levantan contra el encarecimiento

de los víveres y de los alquileres, abordemos el estudio de las reformas necesarias; traigamos cuanto antes, por ejemplo, al seno de nuestras deliberaciones, el proyecto sobre casas para obreros, presentado por uno de nuestros distinguidos colegas, el señor Pedro Cosío, y no defraudemos las esperanzas del pueblo ni traicionemos sus intereses, dándole, en vez de la reforma tributaria y de la vivienda higiénica y económica, la noticia de que hemos agregado una piedra más a la montaña del erario público que gravita sobre sus hombros.”

En reiteradas ocasiones Frugoni y Mibelli plantearon el tema de las Fuerzas Armadas y el enorme peso que tenían sobre el presupuesto nacional. Es importante recordar, en apretada síntesis, que en setiembre de 1930 el tema volvió a sala y el diputado Carlos Quijano sostuvo que no creía “en la necesidad del actual ejército nacional, una organización retrógrada y reaccionaria”. “Me parece —señaló— que el mantenimiento de esa organización, a base de sueldos más altos para los soldados, conspiraría contra el progreso del país. Yo no puedo votar al soldado ningún aumento de sueldo y mi posición es radicalmente contraria en el sentido de esa proposición, para ir a la supresión del ejército nacional o a otra organización distinta.”

Quijano sostuvo que, obligado a elegir entre una organización militar ciudadana semejante a la de Suiza y una similar a la que Jaurès propuso para el ejército francés, de acuerdo al principio democrático se quedaría con la organización ciudadana y no con el ejército mercenario.

Frugoni dijo entonces que oyendo al diputado Quijano expresarse tan brillantemente sobre el tema, “podría exclamar acaso una frase que los diputados considerarían poco modesta, y que en cierta oportunidad dijo un famoso poeta francés: ‘son mis ideas que pasan’”.

Recordó un debate sostenido meses atrás con el ministro de Guerra, en el que había planteado argumentación similar a la que tan elocuentemente desarrollaba Quijano, “de quien espero –agregó– que sea uno de los que más contribuyan a la sanción de un proyecto presentado por mí en 1920 proponiendo la supresión del ejército”.



En agosto de 1920 Frugoni había presentado, en efecto, un proyecto para suprimir la llamada justicia militar. “Tenemos el convencimiento –explicó en la exposición de motivos– de que nuestro país no necesita para nada del ejército. Sin duda lo necesita el gobierno para intimidar a sus adversarios políticos y para disputarles con un electorado de cuartel el triunfo en las urnas. Esas son, precisamente, dos grandes razones por las que reclamamos su abolición.”

En cuanto a la justicia militar, sostuvo que es inconstitucional, pues la Constitución dice que los hombres son iguales ante la ley, y esa justicia establece una diferencia inadmisibles, haciendo que los mismos delitos sean penados de acuerdo a reglas distintas. Desarrolla, en los fundamentos, su oposición a una justicia de excepción frente a una justicia general. La coexistencia de ambas choca con el espíritu y la esencia de la democracia, señaló.

Frugoni sostuvo que tampoco podía considerarse al ejército una protección necesaria ante un imaginario peligro, puesto que aun en la hipótesis de que se consumase una agresión externa, no seríamos más fuertes con nuestro ejér-

cito, formidable para el erario público, pero insignificante para cualquier ejército de los que podrían invadirnos.

Por lo demás, la idealidad pacifista y antimilitarista —señaló— halla en la República razones prácticas muy sólidas y evidentes en qué fundarse. Y sostuvo que si se convocase a un plebiscito nacional para que la ciudadanía se pronunciase sobre la supresión o no del ejército, tenía la convicción de que una inmensa mayoría “se pondría de nuestro lado”; y hasta llegó a proponer una indemnización para el personal de tropa, si el país decidía dar al mundo el ejemplo de una nación sin soldados.



El 26 de diciembre de 1938 la bancada socialista (Frugoni, Cardoso y Troitiño) presentó una moción para que la Cámara de Diputados formulara “su protesta ante las agresivas demostraciones efectuadas por los tripulantes de un barco italiano en las calles de la capital, agraviando el sentimiento democrático de nuestro pueblo y provocando los desagradables sucesos que aún perduran en el comentario público”.

Días antes, 200 marinos del Savoia y el Duque de Aosta habían recorrido la ciudad en varios ómnibus descubiertos vivan-do al Duce y cantando himnos fascistas. A los brazos en alto —saludo de los “camisas pardas” de Benito Mussolini— algunas personas respondían con los puños en alto. (El mundo vivía la guerra civil española, provocada por Franco y militares traidores a los que se sumaron tropas alemanas e italianas, y en Uruguay la solidaridad con la República española era intensa).

En 18 de Julio y Olimar se registraron algunos incidentes, luego de los cuales los marinos continuaron, ahora a pie, hacia la plaza Independencia.

El primer tumulto de proporciones se produjo en Dieciocho y Convención, en la acera en la que estaba ubicado el café Cosechera, y los enfrentamientos más duros continuaron en la acera de enfrente, en la que funcionaba un local de Conaprole. Aunque los empleados bajaron rápidamente las cortinas metálicas, las sillas y los mármoles de las mesas fueron rotos sobre la calle y utilizados como proyectiles en la pelea, que se extendió. Hubo varios ciudadanos detenidos, que fueron conducidos a la Jefatura, en plaza Independencia. *El País* informó que el comisario Pedro Sánchez, jefe de la guardia de la Jefatura de Policía “dio un espectáculo lamentable: dentro del antiguo Palacio de Gobierno castigó duramente a ciudadanos indefensos que habían sido conducidos allí en condición de presos, luego de los choques provocados por los fascistas. Después, saludaba con el ademán mussoliniano a los marineros que se retiraban de la casa jefatural”. Esos hechos –agrega la información– fueron atestiguados por varias personas que los denunciaron en la redacción. Poco después, *El País* señaló que gran parte de la responsabilidad de los incidentes la tuvo Gabriel Terra, que en su visita a Italia dio la sensación de que Uruguay era fascista, y “en esa creencia bajaron las dotaciones de las dos naves, creyendo que cosecharían aplausos y vítores con sólo levantar la mano a la manera fascista”.

El 7 de noviembre de 1938 Frugoni había dicho, en la Cámara de Representantes: “El doctor Terra anda ahora por Italia quemando el incienso a Mussolini y declarándose su más ferviente admirador, y lo que es más afrentoso todavía, aplaudiendo la política exterior del Duce en sus actos más

brutales y atentatorios, como la conquista de Etiopía y la intervención de España”.

Al finalizar la propuesta de la bancada socialista, don Emilio informó que la iniciativa tendía a dar repercusión parlamentaria a un suceso cuya significación no debía pasar inadvertida. “La tripulación de un barco de guerra provocó en las calles céntricas de Montevideo —explicó— una serie de hechos lamentables que tuvieron origen en la conducta reprochable de esa tripulación, que desfiló realizando agresivas demostraciones fascistas. La arrogancia con que los marinos desfilaron, haciendo el saludo fascista, dando vivas al Duce, y el castigo brutal a quienes no querían acompañar esas demostraciones de adhesión al fascismo significaban una ofensa al espíritu democrático de nuestro pueblo, que reaccionó ante ese agravio”.

La declaración de la Cámara se imponía, expresó. Tanto más cuanto que un acto de desagravio preparado por organizaciones populares había sido prohibido por las autoridades policiales.

El diputado Buranelli, del Partido Nacional, replicó a título personal que esperaba esa actitud del sector socialista. “El país está siendo objeto de una intensa campaña de frente popular, que tiene repercusión en el Parlamento por boca de los socialistas”, agregó. “Jamás nuestro país había dado un espectáculo más lamentable. Yo pregunto dónde está el concepto de libertad en esos demócratas de pacotilla que se asombran porque los ciudadanos de otro país tengan su modo de saludar y saluden con la mano abierta, para que ellos contesten con las manos cerradas, siendo que a ellos no los saludaban.”

Líber Troitiño explicó, entre otros argumentos, que “si los gestos de adhesión al fascismo encuentran resistencia en

nuestro pueblo, es porque el fascismo se ha complicado en aventuras de orden internacional que merecen el más franco repudio de todo pueblo libre”.

Dijo también que “el pueblo uruguayo no puede solidarizarse con quienes mantienen la guerra en España, con quienes quieren dominar al pueblo español por medio del terror y luego llegan a nuestras playas convirtiéndose en protagonistas de esas campañas de terror realizadas en España, repartiendo volantes a favor del régimen franquista que ellos han tratado de implantar en la madre patria”.

Troitiño denunció la actitud violenta de los marinos italianos, que dejaron los autobuses en que viajaban para ir a castigar un gesto o una palabra que no podían consentir aquí, como no los consiente su gobierno en el país que domina Mussolini. Por eso, frente a la agresión nuestro pueblo reaccionó. Desde las “bañaderas” en las que viajaban los marinos arrojaron volantes de propaganda antijudía, contra un proyecto socialista que planteaba recibir en Uruguay a mil familias judías, que proponían liberar del régimen nazi de Alemania.

El diputado José Pedro Cardoso intervino expresando: “Señor presidente, yo quiero recoger de las manifestaciones que acaba de hacer un señor representante herrerista, lo que en ellas hay de agravio hacia la mayoría del pueblo uruguayo. Nosotros somos en este Parlamento representantes, es cierto, de un partido político, el Partido Socialista; pero nos honramos en ser al mismo tiempo representantes de todas las fuerzas auténticamente democráticas que actúan en el escenario del país. Yo no gusto invocar frecuentemente el patriotismo como móvil de las actitudes ciudadanas, acaso como reacción frente a los que lo invocan todos los días para después servirse de la patria como de una cosa poco

menos que de uso particular, o de uso de una minoría privilegiada. Pero digo, señor presidente, que aman a su país esas grandes fuerzas democráticas que acaba de agraviar el señor representante; aman a su país los sectores democráticos que luchan contra el fascismo, y no aman a su país los que tienen complacencias culpables con el fascismo, enemigo de la democracia y la libertad, y peligro siempre para nuestro país. Digo que aman a su país los que quieren para él un ambiente y un régimen de paz política y no los que adoptan actitudes que significan alejar cada día más una paz política tan necesaria y los que se esconden detrás de las disposiciones constitucionales y legales que les permiten detentar posiciones que no merecen por el caudal de sus contingentes cívicos. Amamos al país los que nos esforzamos por que en él sea cada día más una realidad la legítima influencia de todas las fuerzas democráticas en la dirección de los negocios públicos, y no los que quieren poner cada día más barreras infranqueables a un legítimo derecho de los partidos políticos actualmente alejados de la cosa pública. Aman a su país, señor presidente, esas fuerzas democráticas que justifican y se solidarizan con la actitud viril del pueblo uruguayo y no los que lo quieren agraviar en pleno recinto legislativo”.

Por vía de una supuesta alusión, el diputado Buranelli dijo ocupar su banca “después de practicar la democracia en horas de trabajo junto a los obreros, sintiendo sus dolores, sintiendo sus miserias y tratando de apoyarlos en todo lo que es posible, haciendo democracia de verdad por los rectos caminos del orden, de la justicia y del derecho (...) no haciendo la democracia de palabra, de teoría, la democracia de confusión que luego se traduce en el drama de la democracia; esa democracia de frente popular, que tiene por escenario los campos de la desgraciada España, esa democracia que ha arrojado torren-

tes de miseria, torrentes de dolor por los campos de España; esa democracia que el señor diputado Cardoso seguramente ha recogido de los ejemplos de Rusia”.

Los ataques de Buranelli continuaron en ese estilo, hasta que reveló su pensamiento sustancial: “Porque los señores diputados socialistas no podrán negar que en Italia el régimen de gobierno que tiene es apoyado por todo el pueblo italiano; es apoyado por todo el pueblo italiano voluntariamente, sinceramente, y la prueba se tiene en infinidad de hechos documentados y no en palabras huecas, en manifestaciones porque sí, sino en hechos políticos, en hechos reales, y así ha surgido una Italia grande y digna de su glorioso pasado”.

El diputado Fernández Crespo rechazó la actitud de los marinos italianos y los volantes arrojados por ellos, porque consideró inadmisibile “que se metan en nuestras luchas, en nuestras contiendas, y que sean vehículos para la circulación de volantes”. “No me asocio –agregó– ni entro a juzgar si es buena o mala la propaganda que se hace por esos volantes, pero no son los marinos italianos los que deben venir a nuestro país a hacer determinada propaganda.”

Sostuvo, además, que se traían problemas extranjeros al debate nacional, expresando que “sería necesario que se terminaran de una vez por todas; que nosotros no tengamos que mezclarnos en la lucha del fascismo con el comunismo, en la lucha de los partidarios de Franco y de los partidarios de Miaja; que se terminen esos comités; que se abran los comités de nuestra democracia integrados, por una u otra manera dentro de nuestras ideologías nacionales, pero que seamos los uruguayos, con nuestros problemas, los que resolvamos de una manera definitiva en las luchas de la democracia”.



En 1935 se planteó en la Cámara de Representantes una moción de condena al atentado de que fue objeto, en el Hipódromo de Maroñas, el presidente Gabriel Terra. Bernardo García, definido opositor desde el 31 de marzo de 1933, le había efectuado un disparo que lo hirió levemente. Apresado de inmediato, cumplió varios años de cárcel.

En la sesión del 4 de junio de 1935, antes de referirse a la moción que tendría ocasión de analizar al entrarse al orden del día, Emilio Frugoni deja constancia de una protesta “sobre la forma como se han celebrado los agasajos en honor del presidente de Brasil”.

“No se ha encontrado mejor manera de expresar la confraternidad del pueblo uruguayo y el brasileño que incurrir en despilfarros ostentosos, insultantes para la miseria de nuestro pueblo y, en el fondo, ridículos, porque parecían destinados a dar una impresión de abundancia y prosperidad que no puede engañar a nadie. Se han gastado muchos miles de pesos en demoliciones apresuradas, en arreglos provisionales de edificios, en iluminaciones, en banquetes, en festejos oficiales en los que ha corrido el champán a mares, mientras en el país miles de hombres se mueren de hambre o sufren privaciones en la desocupación y el desamparo. Y como si esto fuera poco –denuncia Frugoni– estos festejos, que duraron cinco días, se han celebrado en pleno estado de sitio, bajo el recrudecimiento de las medidas policiales que hacen tabla rasa de los derechos individuales y de las garantías de la Constitución. Ni siquiera se ha querido lanzar un decreto de amnistía para los deportados y políticos... –agrega en medio de interrupciones, campana de orden y protestas en

las bancadas colorada y nacionalista— como suele hacerse en todas partes cuando se presentan oportunidades de esta índole. No se han querido atenuar en lo más mínimo los motivos del disgusto legítimo que la mayoría de nuestro pueblo experimenta frente a esta situación política.”

Denuncia que la situación se ha agravado con nuevas medidas de persecución, con nuevas prisiones, con nuevos allanamientos, en forma tal que todo ello parecía una nueva provocación a las fuerzas opositoras.



Desde diversas bancas hay un alud de condenas al atentado y, a la vez, de elogios a Gabriel Terra. El diputado Canesa habla de “un hecho inaudito y vandálico que llenó de consternación”; del “atentado criminal” contra “el numen inspirador, la fuerza coordinadora”, “el nervio del movimiento de marzo”. Sostiene que el hecho no es expresión “de un estado de espíritu del asesino” sino “la consecuencia lógica y necesaria de una oposición violenta, virulenta y malsana que quiere reconquistar lo que no supo conquistar”.

Reclama de la Cámara “una manifestación viril de condena al acto cometido y de simpatía al presidente de la República”, al que califica de “el más patriota de nuestros ciudadanos”.

El diputado Iturbide colabora con el torrente de elogios a Terra “de quien debemos decir que es, por su talento y virtudes, la encarnación más pura de la patria” y “la figura culminante de la revolución de marzo”. Reclama, invocando

al pueblo, “que el doctor Terra use toda su energía”; que “proceda con mano de hierro”.

En el mismo sentido, el diputado Pringles, en nombre de su bancada destaca una declaración del Directorio del Partido Nacional, que “condena enérgicamente al abominable atentado llevado contra la ilustre persona del presidente de la República”; ratifica “su inquebrantable adhesión a los principios de la revolución de marzo y exhorta a los poderes del Estado a adoptar las medidas necesarias para asegurar el orden social”.

Nebel Ellauri, por su parte, propone una moción por la cual la Cámara declara que “repudia con profunda indignación” el atentado y designa una comisión especial para que “se traslade en el día a la residencia del doctor Terra con el fin de expresarle su júbilo por haberse frustrado el vil atentado y su solidaridad con la acción represiva”, en nombre de la Cámara.

Abadie Santos adhiere a los homenajes al presidente y “reitera su solidaridad –en nombre del partido riverista– con la obra y los partidos de la revolución” y emite “su voto fervoroso por el restablecimiento del señor presidente”.

El diputado Tusó exhorta a actuar “sin debilidades” y a “no desertar de la misión de gobernar”, porque en ese caso los gobernantes serán responsables “ante la historia, que desconoce la piedad”.

En el clima enardecido de la sesión (que se levantará para que los emocionados legisladores concurren a homenajear a Terra), Frugoni pronuncia su discurso en una tormenta de interrupciones, aunque sin retroceder ni un milímetro en sus razones. Comienza señalando que los socialistas “obramos y luchamos con métodos que todo el mundo conoce. El Partido Socialista no renuncia, por cierto, al derecho de

revolución, cuya apología ampulosa nos hacía noches atrás en esta misma Cámara el ministro del Interior, sin advertir que la oración podría volvérsese por pasiva; pero el Partido Socialista prefiere, siempre que las circunstancias lo permitan, el avance pacífico sobre el terreno de la evolución legal. El atentado personal contra los gobernantes que combatimos no es arma nuestra. En principio rechazamos la violencia, que no condice, por otra parte, con el temperamento moral de nuestro partido: pero les negamos el derecho de repudiarla igualmente a quienes han hecho de la violencia su norma y sólo la consideran repudiable cuando se vuelve contra ellos.

Aquí se han pronunciado hoy palabras ardientes de severísima condenación contra el hombre que anteayer descargó una bala de su revólver contra el presidente de la República. Yo no voy a hacer su elogio; simplemente no lo juzgo porque su gesto, desde el punto de vista penal pertenece a los jueces, y desde el punto de vista político pertenece a la historia.

Quiero, sí, decir que en ese episodio, en todo caso, ha habido dos culpables: el heridor, y el herido, y el mayor culpable no es precisamente el primero, porque si es delito atentar a la vida de un hombre, delito mucho más grande es atentar contra la vida normal, democrática y pacífica de toda una nación.

Ese es el crimen que pesa sobre la conciencia política del doctor Terra y sobre la conciencia política de todos los que lo hayan acompañado en el atropello del 31 de marzo de 1933.

Ese atropello produjo algunas víctimas y pudo haber producido muchas más.

Los nombres de Brum y Grauert, entre otros, lo atestiguan. En ese trance se destruyeron muchas cosas, y no puede extrañarnos que los gestos de violencia reaparezcan como un eco, como una prolongación, o como una consecuencia

de ese derrumbe que echó por tierra el derecho y quebró la norma jurídica con el mazazo de la fuerza armada puesta al servicio de un criterio político circunstancial.

Es por eso, señor presidente, que nosotros, que no hemos deseado la muerte a nadie, no adherimos al homenaje que se propone; no votamos esa declaración ni esa visita, porque ella importa un voto de simpatía al gobernante, frente al cual nos mantenemos en una irreductible actitud opositora, aunque no nos solidaricemos con el atentado que puso en peligro su vida”.

Intentan cortar el discurso de Frugoni interrupciones de diputados, voces de la barra, gritos en la sala y campana de orden, pero don Emilio no pierde el hilo de su discurso.

El diputado Gómez, del Partido Comunista, además de fijar la posición de su fuerza política contra el atentado personal, expresó que —contra lo que dijeron algunos legisladores— el atentado no fue el resultado “de una oposición malsana”. “Las manos de los hombres que dirigen sus revólveres contra mandatarios (de facto) las arma la política de esos mandatarios.”

Señaló una lista de 150 presos políticos arrojados a la Isla de Flores, sometidos a las mayores privaciones; destacó que “más de 2 mil ciudadanos han pasado por las cárceles, perseguidos por el gobierno”; que “antes de la llegada de Getúlio Vargas, otra vez centenares de ciudadanos han ido a parar a la cárcel; obreros, estudiantes, abogados, comerciantes, inclusive propietarios de imprentas donde se imprimían diarios legales”. Denunció que se negaba, a los familiares, informes sobre los presos; que se clausuraron diarios, se amenazó a las imprentas para que no hicieran una sola hoja para el Partido Comunista y para otros partidos. “Cuando se juega así con la vida y la libertad de los pueblos, surge a

veces el hombre que quiere realizar la venganza de ese pueblo castigado.”

“Y ustedes –agregó– responden a eso, no buscando el medio de darle libertad al pueblo, sino precisamente tratando de amordazarlo cada vez más, lanzando las amenazas más violentas contra todos los hombres de la oposición. Y así hemos podido leer, en el diario del propio presidente, que ‘hay que apretar con mano de hierro y no acariciar con guante blanco a los enemigos del gobierno’.”

Buranelli replicó alarmado diciendo que el país vivía “un exceso de libertad”. Era un exceso de libertad “que en pleno Parlamento se le permitiese decir al diputado comunista afirmaciones como las planteadas”.

Los nuevos fundamentos

Un aspecto esencial de la acción de Frugoni es el de sus intervenciones en la Constituyente de 1916-17, varias de las cuales publicó en *Los nuevos fundamentos*. Se destacan su defensa del voto secreto (que finalmente se aprobó), la autonomía municipal, la separación de la Iglesia del Estado, la ciudadanía de los extranjeros, la representación proporcional y los derechos políticos de la mujer. Al considerarse el voto de la mujer (que la mayoría de la Constituyente rechazó) Frugoni y Celestino Mibelli (también constituyente socialista) responden los argumentos de los conservadores: los derechos políticos y las actividades públicas no están reñidos con los quehaceres familiares (como se pretendía presentar) “así como no lo están con el trabajo de los hombres más absorbidos por sus negocios y ocupaciones”. Plantean, además, que quienes homenajean a madres y maestras, les niegan, en contradicción inadmisible, un derecho fundamental.

A quienes argumentaban que la actividad política destruiría en las mujeres “las tradicionales virtudes domésticas”, Frugoni les recuerda que entre las firmantes de una Declaración del Consejo Nacional de Mujeres reclamando el derecho al voto figura la señora Cuestas de Nery, directora de la primera escuela del hogar formada en el país.

Se produce entonces el siguiente dialogado:

“Señor Juan José Segundo —La distinguida señora Cuestas de Nery y el señor constituyente Frugoni deberían ocuparse de que en esos conventillos donde están esas criaturas andrajosas y sucias, en lugar de pensar la madre en ir a votar se ocupara de bañar y arreglar a sus hijos.

(Aplausos en la barra.)

Señor Segundo —Y la manera de preocuparme yo, es decirles a las mujeres que no vayan a votar y que se ocupen de bañar a sus hijos.

Señor Frugoni —Tal vez si las mujeres fueran a votar sabrían elegir legisladores que se preocuparan de su suerte y de sus condiciones.

Señor Segundo —Debo advertirle que yo me tendría fe como candidato entre las mujeres.

Señor Celestino Mibelli —Si las mujeres tuvieran el derecho al voto, probablemente harían que fueran otras personas a bañarse”.

En la Constituyente los delegados socialistas defienden el voto secreto (“algo tan fundamental como el mismo derecho al sufragio”, porque “declarar que el voto ha de ser secreto equivale a declarar que ha de ser libre”) contra quienes pretendían negarlo.

Se trata —explica Frugoni— de una conquista democrática que a nadie puede interesar tanto como a los trabajadores, a los proletarios, a los que no han alcanzado la independencia

económica y están, por tanto, a merced de todas las imposiciones que se les hacen a la sombra o en virtud de la dura ley de la necesidad.

Denuncia que en elecciones de ese mismo año había ocurrido que “mientras los diarios de la oposición ponían de manifiesto la coacción ejercida por el gobierno sobre los trabajadores o los servidores del Estado, los diarios oficialistas denunciaban numerosos casos de coacción y hasta de venganza patronal ejercida por las empresas privadas sobre sus empleados”.

Frente a diarios que pretendían presentarse como defensores de la clase trabajadora pero no comprendían la necesidad de implantar lo antes posible y como algo permanente y definitivo el sufragio secreto, plantea: “pongan esos sentimentales enemigos de los trabajadores la mano sobre su conciencia, y sentirán que si es doloroso contemplar a las muchedumbres obreras padeciendo los abusos de la explotación capitalista, también es doloroso verlas a merced, en otra forma, del capital que tan mezquinamente las remunera para que continúen sirviéndolo todavía fuera del taller y de la oficina, en un renunciamiento forzoso de la dignidad del ciudadano y contribuyendo así, muchas veces, con su voto falseado, al triunfo de los peores enemigos de su clase. Yo los invitaría a presenciar conmigo, en día de elecciones, el triste espectáculo de esos pobres trabajadores de la Aduana o peones del Corralón Municipal y de muchas otras reparticiones públicas, que deben concurrir a la hora indicada a los clubes partidistas a recabar su boleta, para ser luego expedidos en carruajes o en automóviles hacia las diversas mesas receptoras con el objeto de cumplir la férrea e inflexible consigna, o a presenciar el cuadro de aquellos otros pobres padres de familia que al día siguiente de las elecciones son arrojados

a la miseria por el delito de haber querido ser fieles a sus íntimas convicciones...”.

El voto secreto sólo podía ser negado por enemigos de la clase obrera, sostuvo Frugoni, o por quienes quieren que todo lo que los proletarios reciban les venga impuesto como una especie de gracia desde lo alto, y no como una conquista. “Nosotros, los socialistas de verdad, no podemos admitir que ninguna casta política se abrogue el privilegio exclusivo de beneficiar a los trabajadores con leyes protectoras; queremos, en cambio, que el proletariado esté en condiciones de imponerlas, haciendo entender a los partidos que las realizan que no regalan nada, que no brindan ningún obsequio al cual los beneficiados deben quedar agradecidos, sino que restablecen derechos que nadie, absolutamente nadie, está autorizado a desconocer.”

El voto secreto fue aprobado por la Constituyente, que rechazó, en cambio, el unicameralismo (o supresión del Senado). Ello a pesar de que no sólo se aportaron ejemplos históricos sino que se argumentó además la economía considerable que ello significaría para el presupuesto de la nación, y que representantes del pueblo integrantes de los mismos partidos, en ambas cámaras, no pueden tener dos voluntades distintas sobre el mismo asunto.

Descripción que se hizo historia

De la tarea de Frugoni “como aprendiz de diplomático” quedan dos libros: *De Montevideo a Moscú*, una alucinante crónica de viaje, y *La esfinge roja*, donde documenta su visión de la Unión Soviética y expone juicios y hechos refrendados, hoy, por la historia.

Mario Jaunarena, miembro de la delegación que acompañó a Frugoni a la URSS, relata que mientras redactaba sus crónicas de viaje don Emilio “estudiaba, indagaba, discutía sobre historia, filosofía, teoría y táctica política de los socialistas en distintas partes del mundo, e iba escribiendo lentamente, según él creía, pero a un ritmo pasmoso para quienes trabajábamos con él, *Génesis, esencia y fundamentos del socialismo*”.

Jaunarena –socialista excepcional– explica que las reflexiones de Frugoni sobre teoría y práctica giraban en torno a problemas de fondo. Y observa que asuntos que se discu-

tían muchos años antes sobre el destino de la humanidad son, en esencia, los que se discuten ahora (se refiere a fines del siglo xx). Y pone un ejemplo: en la Asamblea Nacional francesa, el gran Jaurès planteó, a principios del siglo xx, dirigiéndose a Clemenceau, que en la historia hay momentos en que el hombre está obligado a tomar partido: “el mundo viejo está terminado; hay que juntar sus despojos o instaurar una sociedad nueva. La desigualdad es clamorosa, la fortuna se acumula de un lado, la miseria del otro, los que producen no poseen nada. ¿Hasta cuándo?”.

“Siga, Jaurès –contestaba Clemenceau–, con sus vanos y utópicos espejismos. Hace ya tiempo que yo elegí: a su colectivismo opongo el justo y libre desarrollo del individuo.” Y Jaunarena agrega que Frugoni, lo mismo que Jaurès, recogía las críticas y las contestaba:

“Se nos quiere convencer de que la economía socialista es menos propicia a las libertades que la capitalista; que suprime la libre competencia, que obstaculiza la iniciativa individual, que no ofrece estímulos. Antes de formular tales especulaciones, tendrían que explicarme las virtudes de la economía capitalista. ¿Puede hablarse de libre competencia –aun admitiendo, que no es el caso, que la competencia tenga ventajas sobre la cooperación– en un régimen que promueve la primacía del más fuerte y se inclina ante su poder? La libertad de competir en el capitalismo es la libertad del animal más fuerte de la selva para devorar al más débil. En cuanto a la iniciativa individual, la experiencia demuestra que la única posible en el capitalismo es la iniciativa de los dueños de los medios de producción, lo que permite afirmar que este sistema es la tumba de la iniciativa privada. El socialismo prevé que en el trabajo y en la producción existan estímulos materiales, pero siempre combinándolos con estí-

mulos morales, que son patrimonio exclusivo del socialismo y que sería una ingenuidad buscarlos en la economía capitalista.”

Frugoni –escribe Mario Jaunarena– no hace concesiones a la sociedad egoísta que, como decía, “sólo puede existir asentada en privilegios y opresiones, desigualdades e injusticias”.

En toda su lucha Frugoni exhortó a los partidos socialistas a no olvidar “su misión de educadores del carácter”; de partidos que, frente a las fuerzas de la corrupción y el envilecimiento deben distinguirse como “escuelas de austeridad y dignificación de los trabajadores”.

En una hora incierta (enero de 1933), en que turbias corrientes se empeñaban en socavar los cimientos de las instituciones republicanas a pretexto de liberar al país de sus padecimientos, un manifiesto del Comité Ejecutivo del Partido Socialista, redactado por Frugoni, sostiene que “nuestro partido es, más que una organización política, un estado de conciencia”.

“El hombre se debe, antes que todo, a los principios”, sostuvo en un debate con los diputados Paullier y Melián Lafinur, que planteaban que “una cosa es estar en el gobierno y otra estar en la oposición”. Categóricamente, además, condenó a quienes, en otras latitudes, habiéndose proclamado socialistas en el llano, desde el gobierno, en un conflicto obrero tomaban partido por el capital.

Con el ejemplo de su vida, en la que optó siempre por un modo sencillo, ascético, reclamó de cada militante un ejemplo de conducta; el primero de los valores que Ernesto Guevara, años después, juzgó rasgo esencial, distintivo del revolucionario.

A Enrique y Guillermo Chifflet,
cordialmente sus nietos, compañeros
y amigo Lucio Frugoni

Diciembre de 1953

EL LIBRO DE LOS ELOGIOS

El Libro de los elogios dedicado por Frugoni a Chifflet



Sentado en el centro del grupo Emilio Frugoni, a su derecha de pie, con camisa blanca –aun niño– Guillermo Chifflet.

Foto: Archivo familiar



Chifflet en la Casa del Pueblo clausurada por la Dictadura.

Foto: Archivo familiar

Otras facetas

Lo que distingue a los hombres en el arte y en la política

En Emilio Frugoni hubo coherencia, armonía excepcional entre el poeta y el socialista, el militante y el creador, el político y su palabra. Dijo Arturo Ardao que Frugoni resultó ser, a la vez y con profunda unidad, hombre de ciencia, hombre de arte y hombre de acción.

En *La sensibilidad americana* Frugoni escribió, sin proponérselo, una de las claves de su personalidad. Lo que distingue a los hombres en el arte es la sensibilidad —expresa—, como la opinión los distingue en política. Aunque en política, muchas diferencias no son sino cuestión de sensibilidad y la opinión se da en cada individuo y más allá: las clases y los partidos en sus luchas ponen en juego conceptos cuyas raíces descienden a la respectiva sensibilidad colectiva.

Analiza, además, cómo pueblos diversos, con distintos problemas, distintas necesidades y distintos medios de satisfacerlas no se concibe que tengan modos de sentir iguales.

(“El arte popular se diferencia profundamente de un país a otro cuando median diferencias de topografía, de clima, de raza, de medio telúrico y social, de ambiente económico, de grados de cultura, de maneras de vivir y trabajar.”) En ese análisis, Frugoni, a quien alguna vez por error o por un conocimiento parcial se lo atacó como “europeizante”, refiere el drama del arte americano y predica la necesidad de que encuentre “un sello inconfundible”, “un perfil propio”. Destaca, al respecto, la campaña de reivindicación artística del pasado americano que en México y Perú tenían, ya, una “aceptación de solidaridad revolucionaria con el aborigen, esquilmado y despreciado por los explotadores extranjeros, que lo consideraron como de una raza inferior. Se exaltan—observó— los valores morales y espirituales del indio, de los antepasados aztecas, incas o mayas, con un son de protesta irritada por el desdén brutal con que los ha tratado la civilización importada, que no fue siquiera civilización de verdad”. Observa, además, que en otras zonas del continente los movimientos tradicionalistas no tienen ese alcance reivindicador, y que el retorno de los elementos tradicionales podrá aportar “el colorido típico, el sabor regional y la individualización regional” pero ello no será, por sí solo, un avance “en la búsqueda del carácter propio y genuino del arte americano actual”.

La expresión artística singular se alcanzará si el arte americano, en todas sus formas, refleja nuestros problemas, nuestras inquietudes, nuestras aspiraciones: “todo el apretado oleaje de nuestra vida colectiva y de nuestra vida interior”.

El medio civil americano —señala— ha sido forjado bajo la presión y el molde de enseñanzas universales. “Somos hijos del mundo y especialmente de Europa. El reflejo de nuestro medio natural puede poner en nuestra obra una nota

que no es europea". Pero esa diferencia en la creación será menor, reducida, "sólo de superficie" si se limita a la impresión objetiva, a un rasgo pictórico. El arte americano tendrá acentuado sello propio "cuanto más nos adentremos en la percepción de la realidad humana".

Con José Enrique Rodó destaca el afán de las nuevas generaciones por imprimir a la literatura americana un sello distinto, "que fuese como la sanción de la independencia material y complementara la libertad del pensamiento con la libertad de expresión y de la forma".

Y con Pedro Henríquez Ureña señala los factores que hacen de nuestra América una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más, por lo que cabe la definición de un arte con personalidad colectiva.

Sería inconcebible aberración —sostiene Frugoni— mantener una actitud servil ante el arte europeo. En arte sólo podemos alcanzar independencia "evitando darle a nuestra obra un alma extraña a la nuestra, un sentido explicable, natural y espontáneo en Europa, pero exótico en nuestro continente".

A la sensibilidad americana —escribe— no debemos recibirla de afuera, como mercadería de importación. Debemos elaborarla en el regazo de nuestra propia vida, al calor de nuestro sol y de nuestra tierra, aunque amasemos sustancia universal. Habrá que estar atentos para que las enseñanzas de Europa y de todas partes nos iluminen, pero el arte que es flor de otras latitudes no tendría explicación natural en el medio americano. Frugoni convoca, así, a no seguir caminos que nos apartan de nosotros mismos y sustituyen "el verdadero destino estético de América por una lamentable postura de imitación forzada". No se trata de negar lo que llegó de afuera: el gaucho no se concibe sin el atributo esencial

del caballo, “único medio de que puede disponer el hijo de América para luchar con el espacio y reducirlo. Y el caballo –símbolo de la historia americana– vino de Europa”.

Pero se trata de impulsar el amanecer de una conciencia artística americana de verdad. Frugoni lo propuso augurando y promoviendo, con su prédica, la vigorosa personalidad, hoy mundialmente reconocida, del arte de nuestra América.

Hasta aquí hemos procurado divulgar –prácticamente a partir de transcripciones– algunos lineamientos del pensamiento de Emilio Frugoni. Quedan, por cierto, múltiples aspectos destacables. Una hermosa tarea será un análisis de su poesía, a la que haremos apenas alguna alusión general.

Entre 1900 y 1960, Frugoni publica doce libros de poesía. Según se informa en el tomo VIII de una selección de sus obras publicada por la Cámara de Representantes, al fallecer don Emilio, entre sus papeles quedaron los manuscritos de dos libros en preparación: “El campanario sumergido” y “Los viejos”.

Al publicar *De lo más hondo* (en 1902), las palabras de José Enrique Rodó en el prólogo resultan una consagración. Rodó, que observa ya en Frugoni “uno de los espíritus mejor dotados de su generación”, admira en el libro la poesía personal, inspirada en la vida interior: “libro de intimidad, poesía de recogimiento y confianza”, expresa. Y destaca un rasgo, exacto, pero que será casi lo contrario de lo que registrará la mayor parte de sus libros de poesía: “domina la atención del poeta lo que sucede en su escenario íntimo”.

“No sé si habrá quien, después de conocida la obra –escribe Rodó– aconseje al autor que atienda a lo que pasa en torno suyo; que confunda su personalidad de poeta con la personalidad colectiva de su pueblo, o con la de una comu-

nidad ideal a la que muevan hondos intereses humanos.” Escribe Rodó que, contra lo que habría hecho en un tiempo una parte de la crítica, él no dará consejos. “En presencia de un temperamento u obra de poeta, nunca me he sentido inclinado sino a apreciarlo en sí mismo.” El deber del crítico, a su juicio, es limitarse a juzgar la obra “en el campo a donde el poeta nos lleva”.

Roberto Ibáñez indica que esa “profecía de soslayo del autor de *Ariel*”, formulada con el implícito deseo de una directiva a la que no se atrevió para permanecer fiel a sus ideas sobre el papel del crítico, se cumplió luego en gran parte de la poesía de Frugoni, creador “movido y conmovido por hondos intereses humanos”.

Ya en *Los himnos* sus poemas serán un canto a los pobres; una rebelión contra la injusticia. En *Poemas montevideanos* estará el desamparo y la emoción de los barrios humildes y en *Poemas civiles* su poesía será social y política. Algunos de los poemas de este libro resultan de extrema actualidad, como “Crisis”, del cual unos pocos versos, tomados casi al azar, ofrecen ejemplo de lo que decimos:

“Legiones de empleados
que quedan sin empleos.
Padres que a sus hogares
tornan a paso lento,
con el puñal clavado
del despido en el pecho”.

En *El eterno cantar*, su tercer libro de poesía, Frugoni recibe la consagración de un comentario de Rafael Barrett, quien destaca, por su belleza, algunas de sus metáforas: “la sonámbula voz del piano”; “la pupila mansa del agua”; el

reloj, “corazón del tiempo que late sobre el muro”; el sauce inclinado sobre el arroyo que el poeta define “como frustrado pescador de estrellas”, o la emoción contenida en versos de “Semblanza”:

“Sé que eres triste y por lo tanto buena.
Eres gruta de un hondo desconsuelo
donde al entrar el alma de las cosas
se oscurece y se impregna de tu duelo”.

En *La elegía unánime* importa destacar la cuarta y última parte, que titula “El libro de María Rosa”, donde vuelca la ternura y la tristeza por su compañera perdida, María Rosa Barreto, a quien conoció en 1905 “y a quien lloró, muerta, en 1942”.

“Vivo sin vivir en mí”, dirá Frugoni, quien recordará sus últimas miradas: “sus ojos la iluminaban toda, y estaba casi muerta”; su voz (“con su voz una lágrima densa/ hasta el fondo de mi alma caía”; o su deuda con la mujer amada, a quien sin duda quitó horas destinadas a la lucha: “aún me quedan en los labios muchos besos para ti/ todos los que quise darte pero que nunca te di”.

En todo el libro, como en la salutación inicial al lector, el poeta (que siente ya que es “más de la muerte que de la vida”, porque hay más de lo suyo bajo tierra que lo que se alza en la superficie del mundo) ofrece su “corazón deshecho en cantos”.

Siempre solidario

“Cómo conocí a Rafael Barrett”⁴

“Han transcurrido como dieciséis años. Una tarde me anunciaron en casa que alguien me aguardaba en el escritorio. Era un hombre delgado, de pálida tez y nariz afilada, de rostro anguloso con una barba corta algo nazarena tirando a rubia y unos cabellos alisados hacia una oreja y delatando más que ocultando los irremediables estragos de una calvicie incipiente. Se puso en pie al verme llegar y vi que era de regular estatura, más bien alto. Sus ojos eran claros, de mirar confiado y dulce que inspiraba amistad. Sus labios finos trazaban una línea correcta entre el bigote lacio y la barba en punta. Sus ojos se le iluminaban intensamente al reír y esparcían su honda dulzura por todos los rasgos de la cara en la que las mejillas hundidas y los pómulos salientes con cierta

4. Este texto de Emilio Frugoni fue publicado en su libro *La sensibilidad americana* editado en 1929 por Maximino García.

transparencia de cera acusaban inquietantes claudicaciones de su salud.

—Soy Barrett —me dijo.

Nos dimos un apretón de manos firme y recio. Su mano era fina, huesosa, de dedos alargados. Apretaba bien, denotando vibrante fuerza de nervios y una cálida electricidad de espíritu.

—Acabo de llegar —añadió después del efusivo saludo—. Vengo deportado del Paraguay.

Yo le conocía por su *Germinal*, un periódico que redactaba en Asunción y me enviaba por indicación de un extraño muchacho, Bertotto, que había andado por aquí, prófugo de la conscripción argentina y un buen día se marchó de aventura al Paraguay, donde se vinculó a Barrett colaborando con éste en la confección de dicho semanario.

Era un periódico para los obreros. Barrett escribía allí artículos de acerada crítica social, relampagueantes de ideas mordientes como ácidos, con un estilo hecho de concisión, de energía mental y sencillez. Ejercía una influencia intelectual muy grande sobre los trabajadores de la Asunción, cuyas agitaciones acompañaba con la pluma sin rehuir compromisos ni peligrosas consecuencias. En una biografía completa de Barrett no puede faltar un capítulo importante dedicado a su actuación en el campo obrero del Paraguay. Bertotto, que es un buen escritor, hoy acreditado en el periodismo de Rosario de Santa Fe, podría ser el indicado para escribir ese capítulo. Él también podría decirnos cuál fue el papel desempeñado por ambos en el curso de una sangrienta revuelta paraguaya, ocurrida poco tiempo antes de su partida de la Asunción. Yo, que por Bertotto tenía algunas noticias interesantes del caso, pedí más informes esa tarde a mi visitante. Barrett se sentía orgulloso de haber merecido la más honro-

sa credencial que pueda comprobar el valor y el espíritu de sacrificio de un hombre: la Municipalidad de la Asunción había extendido a Barrett y Bertotto un documento en el que se les expresaba la gratitud de la ciudad por su admirable comportamiento durante la refriega en las calles de la población, no como combatientes, por cierto, sino como auxiliadores de heridos. Yo vi ese documento. Oí de labios de Barrett el relato de su intervención sublime en ese choque fratricida y supe cómo, adueñándose de un coche, se internaba en las calles barridas por las balas, recogiendo heridos, arriesgando una y otra vez la vida con una obstinación heroica y estupenda que él con modestia espontánea atribuía sobre todo al temerario arrojó de su acompañante.

Yo lo vi entonces iluminado por una luz interior de bondad evangélica, que acentuó a mis ojos su parecido físico con el Jesús divulgado por las estampas.

Después habría de verlo siempre así.

Me narró también su encarcelamiento por orden de Jara, el tiranuelo brutal; su prisión en un cuartel y su deportación finalmente. Venía a ganarse la vida con la pluma. Me pidió que le orientase en la búsqueda de trabajo como periodista. Yo era entonces cronista teatral de *El Día* y por mi intermedio esperaba obtener una plaza en la redacción de ese diario o colaborar en él mediante un sueldo que le permitiese vivir.

Mis gestiones para asegurarle un sueldo como colaborador de *El Día* fracasaron. Le aconsejé entonces viese a Samuel Blixen, que dirigía *La Razón*. Se entendieron. Blixen, gran conocedor de valores literarios y periodísticos, supo apreciar de inmediato el mérito excepcional de ese escritor nervioso, hondo e intenso que sabía encerrar en la asombrosa síntesis de sus notas cotidianas, las inquietudes de un espíritu ampliamente humano y las reflexiones de una mente penetrante

y profunda, armada de todas armas por la virtud del propio pensamiento y el variado auxilio de una compleja erudición.

Firmaba con sus dos iniciales, RB, los artículos breves, jugosos, admirables de concisión y belleza formal que abrían en la espesura de inevitable vulgaridad y chatura de la efímera prosa del diario, un claro de idealidad duradera. Por ese claro descendía a trazar su rasgo inconfundible y perenne, entre las deleznable flores de trapo de la retórica periodística o entre la trivialidad aplastante de las fugaces gacetillas noticiosas, un rayo del arte imperecedero y del pensamiento inmortal. La eternidad se asomaba por ese hueco de luz para poner su sello indeleble en la hoja volandera destinada al olvido. Porque él fue entre nosotros el más alto representante de ese género literario que es periodismo en cuanto se nutre del acontecimiento de actualidad y vive sobre la página de los periódicos, pero que es sobre todo arte, rama perdurable de pensamiento, de belleza y de emoción. Las páginas del cotidiano se deshacen en el viento; caen mustias de las manos que las estrujan ansiosas, y pasan con el día que las vio nacer y les infundió su aliento afiebrado. Pero cuando en esas páginas brilla, como un raro decoro, el toque espiritual de aquel género artístico, hay siempre en ellas algo que se salva, un trozo que se desprende, separado por el inteligente homenaje de unas tijeras, y que pasa a perpetuarse en el ambiente vivificador de las almas incorporándose a las palpitations ideales del mundo, mientras el resto del diario vuela a dispersarse y perderse en los oscuros torbellinos de la materia inanimada. La posteridad coge un día a brazadas los montones de diarios viejos y los aventra como paja insertible, para recoger tan sólo los granos de oro allí depositados por el escritor insigne. Esos granos de oro a veces llenan libros, como ocurre con los que Barrett arrojó en una siem-

bra pródiga de casi todos los días durante dos o tres años en *La Razón*. Y hoy, al releer sus comentarios de la vida diaria, de sucesos pequeños o grandes que han pasado estremeciendo el alma colectiva o apenas desflorando su superficie, cerca o lejos de nosotros –un terremoto, un naufragio, un crimen, una guerra, una revolución, una fiesta, un gesto, una frase, un accidente cualquiera noticiado por el telégrafo o por las crónicas locales–, vemos que la actualidad de su hora le servía de simple punto de apoyo para lanzarse a esos magníficos vuelos de la idea con que su talento robusto se enseñoreaba del espacio. La actualidad transitoria era en sus manos una fruta jugosa de la que sabía extraer un licor de espíritus que como el vino no teme al tiempo, sino que con el tiempo adquiere mayor fuerza y virtud. Sobre la fugacidad de la corriente humana echaba a navegar su canoa de meditación y de ensueño que dura por encima de las ondas de un instante y continúa todavía su viaje hacia el ideal aunque las ondas de sus días se deshicieron cada tarde en los sangrientos brazos del crepúsculo. El más banal de los hechos le daba motivo para plantear los más inquietantes problemas y abordarlos con esa su filosofía tan personal que es una desconcertante mezcla de escepticismo y de fe. En torno del hecho, por insignificante que fuere en apariencia, acumulaba las más agudas reflexiones, remontándose del guijarro a la estrella, del átomo al universo, de la exclamación de un niño al porvenir de la humanidad, del ademán de un anciano al misterio de la vida y la muerte, a través de sentencias inéditas, impregnadas de un humorismo sutil de amargo y triste dejo. El sarcasmo ríe a menudo en el fondo de sus frases, siempre concisas y certeras semejantes a piedras que dan alegremente en el blanco y dejan al golpear una resonancia de sugerencias en la mente y el corazón. Porque fue sobre

todo un humorista. Su ironía no es la de Anatole France. Tiene una angustiosa acritud: pero me hacía siempre el efecto de una herida abierta a través de la cual se descubriese una santa luz de bondad, de esperanza y de amor. Su sonrisa es terriblemente demoledora y corrosiva; pero tan sólo de las cosas malas y feas, porque hay debajo de ella un corazón rebosante de generosidad y de recalcitrante idealismo.

 Pero mi objeto en este artículo no es estudiar a Barrett sino relatar cómo, en qué circunstancias trabé con él conocimiento personal. Dicho queda. Llegó un día a mi casa, me dijo quién era, le abrí los brazos y desde ese momento nuestros corazones no se separaron ya. No tardó en confiarme el fondo de su alma. Me habló muchas veces de sus grandes amores –su hijo era el más grande– y poco de sus dolores y tristezas, porque no le gustaba ofrecer el lamentable espectáculo de sus llagas, ni siquiera de sus cicatrices... Pero le vi sufrir. Venía minado por una enfermedad implacable. A pocos meses de llegar cayó en cama, golpeado por terribles hemoptisis. Le hablé al doctor Narancio, entonces mi amigo, para que lo viese en el hotel Piazza Bianchi, donde se alojaba. Él estaba muy agradecido a las atenciones desinteresadas que el doctor Narancio le prodigó con encomiable humanitarismo. Allí íbamos a verle sus pocos amigos y, entre éstos, el más asiduo, José Peyrot, uno de los más bellos corazones que he conocido jamás, y que sentía adoración por Barret, que éste le retribuía con un afecto de verdadero hermano. Yo los había aproximado y me enternecía viendo cómo esos dos hombres, ambos muy enfermos, se aprestaban a marchar juntos por la vida mirando sin pestañear a la muerte, que se les acercaba. A menudo departían sobre temas filosóficos. Peyrot era un teósofo ardiente. No trataban de convencerse; pero discutían con entusiasmo y no siempre estaban en desacuerdo.

Del hotel hubo de salir, porque al saberse que era tuberculoso le pidieron la pieza... Tuvo que ir a asilarse a la Casa de Aislamiento, y no dejaba de escribir. Continuaba enviando con intermitencias sus notas a *La Razón*, y escribió unos cuentos en esa casa de Asistencia, que vieron por primera vez la luz en *El Espíritu Nuevo*, una revista dirigida por mí. De allí salió mejorado y poco después volvió al Paraguay, a ver a su esposa e hijo, para retornar y emprender entonces su viaje a Europa, que fue su último viaje... Al embarcarse acaso presentía la proximidad de su fin. Me abrazó muy triste y respondió a las palabras con que yo trataba de infundirle optimismo, con frases de despedida que me cayeron como lágrimas candentes en el corazón. Me sonrió por última vez en su camarote con aquella su sonrisa abierta bañada en suave luz de bondad, de tolerancia, de perdón y de afecto. Volví a ver al Jesús de las estampas. Y no volví a verle más.”

1924

Un estilo relampagueante

La ironía de Frugoni, su capacidad de respuesta, instantánea y frecuentemente con humor; constituyó un arma polémica de incomparable eficacia. Ese rasgo formaba parte natural de su alegría, de su humor cotidiano. En el partido hay mil anécdotas. Algunas, las registramos personalmente.

Una noche, en el Comité Ejecutivo (al que asistí como delegado de la Juventud Socialista), en medio de un debate enérgico, un apagón en la zona nos dejó a oscuras. En el silencio que sigue a la sorpresa se oyó la voz de don Emilio:

—¿Quién dijo que de la discusión nace la luz...?

Ese don de la oportunidad podía registrarse a diario: en su casa (llena de libros), en la redacción, en la mesa de café, en el cine (al que iba frecuentemente, con compañeros de la Juventud) o en los congresos del partido. Una madrugada, durante un largo congreso, un compañero veterano planteaba —con excesiva extensión y energía— duras críticas a

Frugoni por su gestión en la dirección de *El Sol*.

—¿Me permite una interrupción? —solicitó Frugoni reiteradamente.

El orador continuaba, sin permitirle hacer sus descargos.

Cuando —por cuarta o quinta vez— Frugoni, que presidía el congreso solicitó la interrupción, el orador, como jactándose de haberle hecho perder la calma le advirtió:

—No se intranquilice la Mesa... No se intranquilice la Mesa, que ya le va a tocar.

Y Frugoni:

—La Mesa está tan tranquila que hasta se está durmiendo...

Ya que hablamos de congresos, frecuentes en un partido cuya democracia don Emilio promovía, importa señalar que en más de uno puso su nota de humor y alegría, hasta reconociendo errores, quitando así importancia a los argumentos del interlocutor. En una de esas deliberaciones, Sendic, que hablaba siempre en tono bajo, calmo (tanto que muchos compañeros solían reclamar silencio para poder escucharlo), polemizó con don Emilio sobre un tema teórico en el que —recuerdo— finalmente hubo una solución unánime.

Ante un argumento de Raúl don Emilio le interrumpió enérgicamente:

—No apoyado.

Sendic, con su calma de siempre le explicó:

—Es extraño ese “no apoyado”, porque lo que he dicho y tengo anotado en mis papeles, aquí, son palabras textuales de *Génesis, esencia y fundamentos del socialismo*, del compañero Frugoni.

Ante el gol evidente, la sonrisa y el silencio de congresales, Frugoni —antes de reconocer su error— desvió el impacto provocando una carcajada:

—Ese es el peligro de que lo lean a uno.

Era invierno pleno. Poco tiempo atrás había culminado con éxito la colecta para comprar la Casa del Pueblo. Un grupo de compañeros de la construcción realizaba tareas de reparación del edificio, cuando Jaunarena invitó a don Emilio y a varios compañeros (Sendic y yo íbamos por la Juventud Socialista) a conocer la casa, todavía en arreglos. Mario Jaunarena era un secretario de organización excepcional. A él se debía el esfuerzo mayor para la formación e instrucción de los núcleos y equipos que, en pocos meses, habían reunido una suma enorme de dinero. Paralelamente al esfuerzo de los militantes Mario había realizado una colecta especialmente entre los principales dirigentes y amigos. Frugoni había hecho un aporte considerable.

Todos recorrimos, con alegría, los patios y piezas de la nueva Casa del Pueblo. El frío era intenso. Cuando llegamos a la pieza que sería destinada a la Juventud, Mario dijo:

—También esta pieza es muy fría. De pronto usted, don Emilio, cuando pueda nos aporta algo más, así compramos algunas estufas y los jóvenes pasan menos frío.

Don Emilio sonrió y, rápido, replicó:

—Sí. Pero por ahora que se calefaccionen con el fuego del ideal.

En una oportunidad analizábamos con el Comité Ejecutivo (mi presencia era en calidad de delegado de la Juventud) algunos temas del partido. El debate político se fue encendiendo. Don Emilio aludió a un integrante de la Juventud calificándolo de trotskista. Le pedimos el nombre, y lo dio: nombre y apellido.

La discusión creció; exigimos pruebas. Como no se aportaban, subrayamos, hasta plantear, tajantemente:

—Pero Frugoni, ¿cómo sabe usted que ese compañero es trotskista?

—¡Es que a los trotskistas los conozco hasta en la tos!
—replicó instantáneo.

Eran tiempos en que el sector posadista practicaba el “entrismo”, método que por lo general sólo terminaba en un “salidismo” poco enaltecido, y encima creaba intrigas y desconfianza. Pero lo interesante fue que en el caso planteado por Frugoni, poco después comprobamos que se trataba, precisamente, de alguien que en ese tiempo trabajó para el posadismo y después, destruido éticamente, terminó en tareas para la embajada estadounidense y la Policía.

Con frecuencia, después de las reuniones, algunos compañeros acompañábamos a don Emilio desde Casa del Pueblo a su domicilio, por esos años ubicado en San José y Convención. En una de esas ocasiones —próxima a una instancia electoral— todos quedamos entre sorprendidos y halagados por la cantidad de personas que saludaban a Frugoni, se detenían a alentarle o a felicitarlo por su militancia. Al llegar a la puerta de su casa, uno de los compañeros le hizo notar, con optimismo: “se ve que el partido crece; basta con escuchar lo que la gente le dice”. Don Emilio, que jamás perdía el humor, contestó:

—Sí. Pero todos éstos son los que no me votan.

En la Juventud Socialista, a veces, mientras preparábamos murales a planograf que extendíamos en el piso después de colgar todos los posibles en alambres, solíamos conversar con don Emilio, que diariamente llegaba a Casa del Pueblo y a veces la atravesaba pisando sobre los murales. En una oportunidad, esperábamos su diálogo con una compa-

ñera (muy enérgica en sus análisis teóricos) que nos había anunciado algunas preguntas que ese atardecer haría a don Emilio.

Frugoni las fue contestando, con calma y sabiduría, hasta concitar una rueda de quienes, a esa altura, habíamos interrumpido las tareas en el planograf. Todos esperábamos, porque la conocíamos, una pregunta clave de Dorina. Al fin —con respaldo de silencio expectante— el momento llegó:

—Dígame, Frugoni, usted, como socialista ¿es partidario del amor libre?

Sonriente, con la misma paz, la réplica fue rápida y tajante:

—¡Claro, claro que lo soy...! Siempre que sea amor...

Ilustrando precisamente esa agilidad de respuesta en la vida parlamentaria de Frugoni, Roberto Ibáñez recoge en uno de sus estudios sobre don Emilio dos anécdotas:

“En cierta ocasión, un señor diputado, famoso por su opacidad mental y sus devociones ‘nazi-marcianas’, interrumpió a Frugoni, que hacía una crítica implacable de hechos y actitudes vinculadas con la fracción política a la que el citado señor representante pertenecía:

—El doctor Frugoni da una en el clavo y otra en la herradura.

Y el diputado socialista, con relampagueante naturalidad, le contestó:

—¿Y qué culpa tengo yo, si usted se mueve?”

“Un diputado, que corría parejo con el de la herradura (no muy afortunado, por cierto), en el curso de una disertación agria y absurda, plagada de sandeces y agravada por un aire de suficiencia irritante, exasperaba y aburría.

Frugoni, serenamente, le cortó con gesto admirativo:

—¡Usted es un león!

El interpelado, sorprendido, no sabiendo si agradecer o recelar, lo interrogó:

—¿Y por qué me lo dice, doctor Frugoni?

—¡Porque es el rey de los animales!”

En las actas parlamentarias se encuentran numerosas respuestas de Frugoni que frustraban a menudo planteamientos que pretendían “demonizar” las posiciones socialistas. Al discutirse, en setiembre de 1920, por ejemplo, una moción de la bancada socialista para que se disminuyese el ejército en algunas unidades, el diputado Vicente y Ferrés planteó en tono alarmista:

—¿Saben lo que pretende el señor diputado Frugoni? Quiere destruir al ejército para darle puerta franca a los rusos.

La respuesta inmediata fue:

—No nos descubra los planes, señor diputado (*risas*).

En otro congreso en el que debatíamos temas vinculados a *El Sol*, vocero oficial del partido, un compañero, luego de exponer con inocultable dureza sus críticas, agregó:

—Y estas críticas las planteo yo, que no soy un periodista con P mayúscula, ni con p minúscula.

Don Emilio, contra cuya gestión arreciaban las críticas, distendió el ambiente:

—Lo que el compañero intenta decir será que es “eriodista”.

En ocasión de una de sus reuniones con el Comité Ejecutivo del Partido Socialista, Alfredo Palacios, figura excepcional del socialismo latinoamericano, narró con hu-

mor algunas anécdotas de “este Viejo”, como le decía él (que era mayor que Frugoni) a don Emilio.

En esa oportunidad, acentuando con su voz grave algunos detalles contó que se había recibido de abogado con una tesis en la que, con múltiples argumentos, demuestra que las islas Malvinas, aunque en poder de Inglaterra, pertenecen a la República Argentina.

La tesis fue publicada en libro⁵ y, como en tantas otras oportunidades, Palacios lo envió con una amable dedicatoria a don Emilio.

Poco después recibió el comentario de Frugoni, quien, además de elogiar la obra “tan brillantemente escrita como todas las suyas”, le agradecía el obsequio que contiene –agregaba– “excelentes argumentos para la reivindicación... ¡de Martín García!”.

5. El libro, que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Montevideo, es realmente brillante.

Epílogo

El presente trabajo ha sido forjado junto a los apremios de otros deberes de militante. Si la vida nos lo permite, intentaremos nuevos aportes. Será una hermosa tarea que nos llevará a internarnos, incluso, en zonas inexploradas del legado de Frugoni. Corresponde, también, hacer un estudio de su alejamiento de nuestro partido (no del socialismo), hecho que intentó ser utilizado por adversarios para ahondar divisiones. Enemigos, en realidad, que pasan por alto los objetivos que, más allá de las diferencias, se había planteado el propio Frugoni. Hay pruebas de lo que digo; al despedir a Mario Cassinoni, por ejemplo, don Emilio escribió en el semanario *Marcha*: “era propósito nuestro esperar el día que terminara el rectorado para rodearlo y pedirle que se pusiera al frente de la columna socialista dispersa y la reagrupara. No pudo ser. La fatal enfermedad se interpuso”. En la medida que todos los socialistas, alineados o no en

Índice

Prólogo	9
Un peligroso agitador	25
En nombre de la clase trabajadora	29
La lucha por las ocho horas	41
Las tres dimensiones de la democracia	45
Qué es el socialismo	49
Un fecundo método de acción	53
“Esa peregrina ocurrencia...”	57
Más objeciones contestadas	61
“Ese juramento es falso...”	69
“Faltaba todavía lo más lindo”	73
El ejército, una moción antifascista y el atentado contra Gabriel Terra	77
Los nuevos fundamentos	93
Descripción que se hizo historia	97
 <i>Otras facetas</i>	
Lo que distingue a los hombres en el arte y en la política	103
Siempre solidario	109
Un estilo relampagueante	117
 Epílogo	 125

Este libro se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2007 en

Imprenta & Serigrafía Letraeña
Guayabo 1907 – 11200 Montevideo – Uruguay
Tel. (+598 2) 402 4605 – letraenie@adinet.com.uy

Encuadernación: Encuadernadora Ltda.
Alejandro Fiol de Pereda 1129 – 11800 - Montevideo - Uruguay
Tel. (+598 2) 208 2101 – encuader@fastlink.com.uy

Depósito Legal 343074
Edición amparada en el decreto 218/996 (Comisión del Papel)

Continuidad de las voces, continuidad de los actos.
Desde las dos puntas del tiempo, Emilio Frugoni y
Guillermo Chifflet vuelven a encontrarse en el compartido
camino de sus palabras y sus hechos.
Bienvenido sea este libro de Guillermo, que nos devuelve
a don Emilio.

Lo andábamos precisando y estaba medio perdido.
Vuelve de la mano de Guillermo, como tenía que ser.

Gracias a los dos, por recordarnos que sólo los princi-
pios nos salvan de los finales,

que no hay valentía más admirable que el simple
ejercicio de la coherencia,

que los imperativos de la conciencia están por encima
del deber de obediencia,

que el cinismo no es la única forma posible de realismo
y que a veces, en la vida política y en todas las vidas,
la práctica de la solidaridad cobra el alto precio
de la soledad.

Eduardo Galeano

